

MARTA FLORES

Unas merecidas
vacaciones

marta flores





MARTA FLORES

Primera edición.

Unas merecidas vacaciones

© 2020, Marta Flores.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

CAPÍTULO 1

Candela me estaba haciendo un sándwich contra la ventanilla del avión, con la intención de poder

obtener las mejores vistas mientras despegábamos.

—Joder, hija, pero qué bruta eres—resoplé.

—Mira Lola, no te quejes, que esto te pasa por adjudicarte la ventanilla, también tengo derecho a ver—repuso.

—Bueno, pues a la vuelta te haré lo mismo—repliqué.

—Cómo no, mi Lola tocapelotas desde que nació. Ella es todo solidaridad...

—Pero no puedes vivir sin mí. — Le hice una burla con la lengua y casi me la arranca— ¡Animal, echa para allá! —le dije, pues era temible.

Candela y yo éramos amigas desde que teníamos uso de razón. Nos conocimos a raíz de que nuestros padres se fueron a vivir a una zona residencial de nueva construcción cuando nosotras contábamos con siete años. Desde entonces había llovido mucho, tanto que ahora acabábamos de cumplir los veinticuatro. Pasados los años, seguíamos viviendo en el mismo lugar y nos habíamos convertido en inseparables; éramos carne y uña, como dos hermanas. No en vano, desde bien pequeñas solíamos quedarnos a dormir la una en la casa de la otra los fines de semana y para colmo estudiamos juntas en el mismo colegio e instituto. La guinda del pastel supuso que las dos nos decidiéramos a cursar la carrera de Periodismo, que acabábamos de culminar. Y, orgullosos como estaban de nuestro currículum académico, como regalo de fin de carrera nuestros padres nos pagaron un viaje a una isla del Caribe mexicano llamada Holbox.

La isla en cuestión era de las menos explotadas y más bonitas del Caribe; con hamacas dentro del mar y unos simpáticos carteles de colores dentro del agua que venían a recordarte que estabas en el edén... En definitiva, una auténtica pasada. Lo sabíamos de buena tinta porque una amiga estuvo el verano anterior y desde que colgó las fotos en Facebook nos quedamos prendadas de aquel

lugar; lo contemplamos como un sueño para pasar unas merecidas vacaciones y por fin había llegado el momento.

El vuelo fue de lo más desesperante, nada más y nada menos que diez horas en las que le dimos unas cincuenta vueltas al avión. Además, al volar de día, ¿quién era la bonita que dormía? Bueno solo conseguimos hacerlo un par de horas, que ya podrían haber sido unas cuantas más, pero no...

—Candela, no puedo dormir, estoy que me subo por las paredes...—me quejé.

—Pobrecita ella, mira, te lo advierto, no empieces a dar la brasa que sabes que una de mis virtudes no es precisamente la paciencia.

—Ya, pero es que no puedo pegar un ojo, Candela...—insistí.

—¿Quieres probar mi puño? —Me lo enseñó—Puede ser un magnífico somnífero, lo que ocurre es que tú todavía no eres consciente de ello. — Me sonrió con cara de malvada.

—Mira, no te voy a decir lo que puedes hacer con tu puño porque me has pillado en un día fino, ten amigas para esto—resoplé.

Aquel era el pan nuestro de cada día, parecía que nos llevábamos como el perro y el gato, pero era pura fachada y apariencias; nada más lejos de la realidad. Yo por mi Candela MA-TA-BA y estaba segura de que ella sacaría también la artillería pesada si alguien quisiera hacerme daño.

Íbamos de lo más nerviosas; leyendo, escuchando música, charlando, comiendo todo lo que habíamos comprado en la terminal antes de embarcar, más aquello con lo que nos habían obsequiado a bordo... En resumidas cuentas, que teníamos muchas posibilidades de aterrizar redondas de tanta porquería como nos estábamos metiendo en el cuerpo; por decirlo de otro modo,

que iba a ser más fácil saltarnos que darnos la vuelta, ¡qué exagerada soy!

—¿Falta mucho para llegar, por favor? —le preguntó ella a la azafata y yo esboqué una sonrisilla socarrona, pensando en que era la misma chiquilla que preguntaba lo mismo una y otra vez a nuestros padres de niñas, cuando íbamos en el coche con los suyos o con los míos.

—Pues exactamente quince minutos menos de la última vez que me lo preguntó—le respondió la azafata sin señal alguna de que su actitud le molestara.

La miré con cara de “eso es lo que hay” y volvió a enseñarme el puño; esperaba no probarlo, no tenía yo ganas de leña.

Candela era de lo más alocada, al igual que yo. La espontaneidad era una constante en ambas y se nos ocurría cada cosa que más de una vez deberíamos haber dejado de lado; pero éramos impulsivas, por lo que teníamos asumido que no resultaría sencillo cambiarnos.

Lo mejor del caso es que nos complementábamos a la perfección, y esa era una gran ventaja porque ahí estaba la una para cubrirle las espaldas a la otra siempre que fuera necesario; que era bastante a menudo, por cierto.

En el amor habíamos tenido rolletes, no lo íbamos a negar, pero sin pasar a mayores. De hecho, nuestra prioridad siempre fue la de terminar los estudios y convertirnos en periodistas; a poder ser del corazón, nos gustaba el cotilleo televisivo hasta decir basta...

Por fin nos avisaron de que el avión iba a aterrizar, de lo contrario me hubiera tirado de todos y cada uno de los pelos de mi cabeza.

—Estaba al borde del suicidio, Lola, palabrita del Niño Jesús—rio Candela.

—Y yo iba a ver cómo lo hacías tú para seguir el mismo camino, no podía más—refunfuñé.

—Ah, no, ¿aguantarte también en otra vida? Deja, deja—se quejó en broma.

—En una y en siete, como los gatos, ¿dónde irías tú sin mí? —Le di un abracito.

Una ola de calor nos azotó al salir, pero lo prefería... En el avión estaba esperando que salieran pingüinos a hacernos compañía, pues la temperatura era exageradamente baja; la tripulación se había pasado tres pueblos al seleccionarla.

—Yo creo que la tensión se me ha bajado hasta los pies—murmuré al observar el percal.

—Pues no te preocupes, que ya verás que la juerga te la eleva, la tensión digo... Y otras cosas, la libido, por ejemplo. — Me guiñó el ojo y echamos a andar en la misma dirección; claro, no iba a ser en la opuesta.

Cien por cien animadas, así habíamos aterrizado en un lugar con el que tantas veces habíamos soñado. Todo gracias a nuestros padres, que eran unas bellísimas personas y que no habían reparado en gastos para ofrecernos el gran capricho de nuestras vidas.

Vivir aquella experiencia con Candela, mi hermana del alma, no tenía precio. Aquel se nos antojaba como un viaje de esos que con los años terminas contando a tus nietos. Vaya días que teníamos por delante y vaya lujo poder poner los pies en una zona de esas que sirven para dar color a las portadas de las revistas. Cómo no, ya me salió la vena reportera...

Pasamos el control de migración, cogimos las maletas y nos subimos en el coche que nos esperaba para trasladarnos hasta el ferry que nos llevaría a la isla. ¡Ya estábamos en el paraíso!

CAPÍTULO 2

El camino fue alucinante, en plena naturaleza, así era la zona de Yucatán; color, vida, una mezcla tan explosiva como fascinante...

Ambas mirábamos a un lado y otro como queriendo conservar en nuestras retinas un espectáculo vital que no sabíamos si nuestros ojos volverían a presenciar.

Parecía mentira pensar en lo estresadas que habíamos estado hasta hacía solo en unos días, con los exámenes finales, y el relax que nos invadía ahora... La noche y el día; un contraste que me hacía sonreír.

Miré a Candela y se me ocurrió que ella debía estar pensando en algo parecido, pues yo percibía que se movía a cámara lenta, o esa impresión me daba. Su sonrisa se enmarcaba en un rostro que hablaba de emoción en primera persona.

Nos dejaron delante del ferry, sacamos los billetes y embarcamos rápidamente. En tan solo media hora estaríamos en nuestro destino, merecía la pena vivir el momento desde la cubierta, Coronita en mano, la cerveza estrella del país.

Llegamos a la isla y un carrito como los de golf nos esperaba. Nos habían informado de que lo íbamos a tener a nuestra disposición durante toda la estancia para movernos por la isla y subidas en él llegamos a nuestro alojamiento; una habitación en un pequeño hotel frente al mar. En realidad, su ubicación se asemejaba a la de alojarte en una calle; delante del hotel estaba la carreterita por donde pasaban los mencionados carros de golf con los que se movían los turistas por la isla; a continuación, la arena con hamacas de todo tipo y, por último, el mar... Ese infinito repleto de hamacas colgantes de colores y arriba, en letras grandes y a todo color, el letrero con el nombre de la isla, rebosante de vida.

Nos pareció que nuestra estancia en la isla sería como pasar a otro nivel; rodeada de chiringuitos por doquier y con sus pintorescas casitas de colores habitadas por las gentes del lugar, que no debían ser más de mil personas...

Nuestra habitación estaba francamente bien; contaba con dos camas, un armario amplio, dos mesitas de noche, un escritorio y una pequeña nevera, además del baño. La isla no disponía del "todo incluido", ni de resort... Lo dicho, de lo menos explotado en lo que a las islas del Caribe se refiere, una preciosa joya merecedora de ser cuidada.

Eran las ocho de la tarde, así que nos dispusimos a ducharnos, cambiarnos e ir a tomar algo a algunos de los chiringuitos esos tan animados de la playa; al día siguiente ya exploraríamos la isla.

Nuestro alojamiento pertenecía a una familia local y se componía de tan solo ocho habitaciones. No disponía ni de bar, pero en la misma puerta teníamos la playa con cantidad de restaurantes y locales de ocio, por lo que no nos hacía falta nada más.

Salimos y nos fuimos directas para un local en el que se escuchaba la música de Bob Marley; ese era el nuestro, nos iba la temática reggae y nos llamaba a gritos el lugar.

—Vaya dos bombones los de la barra — murmuré acercándome con una sonrisa de oreja a oreja, la misma con la que nos recibieron.

Nos sentamos en los columpios de madera colocados en la barra, otro detalle espectacular, joder si aquello era el paraíso y nosotras estábamos en él...

Los aludidos bombones se presentaron y nos dieron la mano, en ese momento solo estábamos nosotras; Bruno y Lino, así se llamaban, y eran autóctonos de la isla. Ahora bien, como curiosidad eran rubios, además de mellizos. Lo de que fueran rubios lo entendimos enseguida, ya que nos contaron que su padre, de nacionalidad alemana, viajó a esa isla por negocios hacía treinta y dos años y se enamoró de su madre. Siguiendo los dictados de su corazón se quedó allí y la unión de ambos generó esa mezcla tan sensual que se detectaba en ellos.

Nos resultaron encantadores, humildes y simpáticos. A ello contribuyó que nos invitaran a un coctel de bienvenida; uno que estaba delicioso, a base de ron y frutas tropicales, que nos confirmó lo que ya decíamos a boca llena; que habíamos ido a parar al mismísimo paraíso, sin ánimo de ser cansinas ni de repetirnos demasiado.

—Y vosotras, ¿qué hacéis aquí tan solitas? —nos preguntaron con una gracia que nos hizo negar con la cabeza.

—¿Qué decís de solitas? Estamos de luna de miel... Mira Candela, por ahí vienen nuestros maridos. Ten cuidado y vamos a retirarnos, que no vaya a ser que se líen a hostias como con los últimos camareros aquellos el mes pasado...

—¿Cómo? —preguntaron los dos un poco alucinados.

—Es que son súper celosos y encima campeones de artes marciales, dos auténticas máquinas de matar, yo de vosotros me andaría con cuidado—me siguió ella el rollo.

La cara de ambos era para rodar un vídeo y hacerlo viral; esa era la realidad, y nosotras no éramos más jodidas porque no nos lo proponíamos, pero agüita con las dos...

—Que es broma—les dijimos al unísono y los vimos mirarse entre ellos aliviados...

Más puñeteras y no nacíamos, pero es que, si no dábamos la entrada, dábamos la salida... No éramos precisamente convencionales, no lo habíamos sido nunca... Lo común nos aburría, sería una tara de nacimiento o qué se yo.

Tras el susto los chicos se relajaron, lo malo fue que nosotras también porque, quisiéramos o no, llevábamos la madre de todas las palizas en el cuerpo a consecuencia del largo de viaje que acabábamos de hacer...

—Chicos, os vamos a privar de nuestra preciada compañía—dijo Candela cuando comprobó que las dos teníamos más sueño que un canasto de gatitos.

—¿Ya os vais? Pero si todavía queda noche por delante. — Nos guiñaron ellos el ojo.

—No os vayáis a creer que somos dos sosas, cuidadito—les dije—, solo es que hoy venimos baldadas del avión.

—Bueno, por eso os perdonamos, pero mañana tenéis que estar aquí como un clavo—repuso Bruno.

—Eso, o nos veremos obligados a ir a buscaros—añadió Lino.

—Que no cunda el pánico, ya mañana veremos—les comenté sonriente.

Tomamos buena nota porque el sitio nos había fascinado y la compañía también había sido excelente. Los hermanos nos comentaron que ellos se turnaban durante el día para atender el chiringuito, que abrían a eso de las doce de la mañana. Y luego por la noche lo llevaban entre los dos, hasta la hora del cierre, a las dos o las tres de la madrugada...

Bueno era saberlo y al día siguiente más, pero esa noche a Candela y a mí se nos cerraban los ojos, con la certeza de haber llegado al mejor de los lugares en un momento ideal. Por delante teníamos unos días con visos de ser maravillosos y, contentas, cogimos el sueño antes de poner siquiera la cabeza en la almohada.

CAPÍTULO 3

—Por mi madre de mi alma que yo no sé ni dónde estoy—dije cuando abrí un ojo.

—Estás en Holbox, zopenca, ¿no te acuerdas? —me respondió Candela con voz de ultratumba.

—Y tú estás para presentarte a un concurso de canto—le dije con ganas de guasa, esas que tenía desde que me levantaba.

—Y tú a un concurso de peinados, no te jode, más te vale meterte el peine en esa melenaza que tienes, que pareces una leona—me contestó.

—Pues también tiene miga que vengamos hasta el otro lado del mundo para meterme el peine, que eso lo puedo hacer en mi casa. — Le guiñé el ojo con ganas de buscarla ya de buena mañana.

—Guarra, tú ya estás deseando meterte otra cosa, si te conoceré yo... Y seguro que tiene que ver con Bruno y con Lino.

—A mí Bruno me tira más, fíjate lo que te digo...

—Pues vas a tener suerte, porque yo le he echado el ojo a Lino y eso que no puedo evitar acordarme de mi madre a cuenta de su nombre.

—¿De tu madre? ¿Qué tiene que ver tu madre con este tío?

—Pues que siempre está diciendo eso de que cuesta tela planchar las camisas de lino de mi padre—
—rio.

Salimos del alojamiento y, del golpe de calor que me dio, se me empañaron hasta las gafas de sol.

—Madre mía, aquí hace más calor que enfoscando una pirámide—le dije y ella se echó a reír.

—Hija, si querías frío haber escogido un crucero por los fiordos noruegos, aunque allí te iba a haber acompañado mi prima la del pueblo, porque lo que toca una servidora tenía más claro que el agua que quería un chute de Caribe...

—Deja, deja, y yo también, pero ya sabes que si no me quejo un poco...

—No eres tú, ya...—resopló.

Me puse la mano a modo de visera y vi venir con unas bolsas a Margarita, la dueña del alojamiento y quien nos instaló en la habitación el día anterior. La amabilidad de esa mujer saltaba a la vista...

—Buenos días, Margarita—la saludamos como si la conociéramos de toda la vida, pues allí la gente era muy cordial y te invitaba a ello.

—Hola, chicas, ¿todo bien por la habitación? —nos preguntó con ganas de agradecer.

—Estupendamente, ahora lo único que nos hace falta es que nos digas dónde nos aconsejas que desayunemos y ya no nos faltará de *ná*, como dicen las sevillanas.

Me eché a reír con el comentario de mi amiga porque mandaría narices que Margarita conociera las sevillanas que ella decía, allí en pleno Yucatán. Bueno, que cosas más raras se habían visto en la vida, pero que no creía que fuera el caso.

—Mirad, en aquel chiringuito ponen unos desayunos espectaculares—nos señaló uno que ya estaba abierto—, por eso suele llenarse de turistas.

No sabía si eso de que estuviera lleno de turistas era lo que más me apetecía, pero enseguida comprobé que el “lleno” de allí tenía poco que ver con el de otros lugares que había visitado con mis padres años atrás, y eso me encantó.

Mis padres... Por momento que pasaba allí tenía más que agradecerles. Lo cierto es que me hubiera gustado que conocieran el lugar. Ya se lo aconsejaría para algún viaje que tuvieran en mente. Yo podía parecer un poco despegada, porque cada uno es cada uno y esa era mi naturaleza, pero siempre los llevaba en mi mente.

Dado que los conocía bien, tenía claro que, de haber estado allí, mi padre habría ponderado la hospitalidad de sus gentes; mientras que mi madre se habría quedado prendada del colorido de sus casas y del turquesa de su mar.

Tras meternos entre pecho y espalda un desayuno caribeño de película, de esos que no se lo salta un galgo, vi en la cara de mi amiga que planeaba algo. ¡Si la conocería yo!

—Vamos a coger el carrito de golf y a recorrer la isla, que yo no estoy tranquila hasta que no sepa qué se cuece por aquí.

—¿Pues qué se va a cocer? No me seas paranoica, ¿eh? Ni que temieras que hubiera caníbales o

algo.

—Bueno, si hay caníbales, con darte una patada y tirarte del carro, a tomar por saco. Yo salgo corriendo y a ti que te guisen con patatas. Pero no, que ya sabes que yo soy periodista por vocación y me gusta olisquear por ahí... Por si veo algún suceso inquietante o algo.

—¿Inquietante? Inquietante es lo zumbada que estás, ¿pero tú te estás escuchando? ¿A quién quieres engañar? Si tú vas a ser como yo, reportera del corazón, y lo más peligroso que vas a vivir de cerca son los divorcios de los famosos, que no veas si se dan caña. — Volteé los ojos.

Ya sabía yo que como ella cogiera una canción no había quien se la quitara de la cabeza, así que nos subimos en el gracioso carro...

—Pero conduzco yo, que lo hago mucho mejor que tú. — Me cogí el sitio de un salto.

—¿Y eso quién mierda lo dice? Si te hicieron falta cerca de doscientas clases para sacarte el carnet del coche, que por poco tienen tus padres que rehipotecar la casa—me espetó, presa del coraje.

—Qué guasa tienes y qué buena memoria para lo que te dé la gana, ya te cogeré, ya. —Arranqué.

Me sentí como los Picapiedra en lo alto del carro...

—Dale caña—decía ella y me emocioné, es lo que tenía la complicidad con mi amiga, que tan pronto nos estábamos tirando los trastos a la cabeza como estamos confabulando juntas.

Vamos, que yo me sentía una Fernando Alonso de la vida y Candela grabando, para subirlo a las

redes.

¿Las redes? Hablando de redes, yo no sé si fue un cangrejo gigante, un perro o una liebre para echarle al potaje... Pero yo vi cruzarse un bicho por delante de nosotras y, sin comerlo y sin beberlo, di un volantazo que de milagro no dimos vueltas de campana con el carro.

—Me has matado, desgraciada, me has matado—decía Candela escupiendo tierra, pues el carro se ladeó en las dunas.

—Yo no sé lo que ha pasado, que me he asustado—murmuré.

—Lo que ha pasado es que para todo eres igual y has vuelto el carro boca abajo, qué vergüenza, todo el mundo mirando. Nos vas a convertir en el hazmerreír de la isla.

—¿Quién está mirando? Porque yo no veo a nadie...

Claro está que no los veía porque no había mirado, pero en cuanto lo hice vi un montón de ojos puestos sobre nosotras.

—Yo te mato, ¿no son esos Bruno y Lino? —me preguntó.

—Parece que sí, sonrío para la foto—le contesté.

Les saludamos mientras nos hacían aquella foto con la que amenazaban de lejos y Candela en plan reportera también cámara en mano, pero logramos continuar pese a habernos salido de la carretera...

Seguí mi recorrido con el carrito por esa isla, que era de lo que se trataba... Poca cosa, se hacía en diez minutos o quince, no había mucho que ver; pero la sensación de andar en ese carro era única y me daba mucha libertad.

En el interior de la isla encontramos una calle que era digna de admirar; de estilo colonial, con pintadas vivas en las fachadas, tiendas, bares y demás... No se veía masificada en absoluto, pero contaba con un encanto especial; cuidada en detalles, de la misma forma que lo estaban cada restaurante y chiringuito que había en aquel lugar.

Al final paramos en una de esas playas que la bordeaban y nos alquilamos dos hamacas balinesas con su mesita delante, tras lo que nos trajeron dos cervezas bien frías.

Y claro, como era de esperar, no tardamos en meternos en el agua para probar las famosas hamacas colgantes, con ese letrerito tan mono; fotos y más fotos que íbamos a sacar para hacer arder las redes...

Candela se iba subiendo a todas, hasta a aquellas tan cuquis con forma de columpio, con su cerveza en mano.

—Ve a nuestra hamaca y trae un cigarrito para cada una con el cenicero de cono — se refería a uno de plástico que llevábamos a todas partes para no tirar ni colillas, ni cenizas; éramos viciosas, pero limpias.

—Joder ¿y por qué tengo que ir yo? —le contesté.

—Pues porque estás de pie, ahora vienes y te sientas en esta otra...

Y volteé los ojos negando, pero fui, total en otro momento le tocaría a ella.

Me encantaba aquel lugar, lo mirara por donde lo mirara me resultaba impresionante en toda regla; un paraíso mexicano en el que toda persona debería poner los pies, aunque fuera una vez en su vida.

Cogí los cigarrillos y me fui hasta donde estaba Candela; ese mar apenas cubría. Tendrías que adentrarte demasiado en él para que eso ocurriera, de manera que en la ubicación de las hamacas solo nos llegaba el agua a las rodillas... Aguas cristalinas en las que nos fotografiamos de lo más coquetas; porque nosotras lo valíamos y punto redondo.

—Creo que yo nací para vivir en un lugar así — dijo cuando le di el cigarrillo y el mechero.

—Y para rica naciste, ¡anda que no te gusta mandar ni nada!

—¿Y tú? Más vale que te calles Lola, más vale que te calles, no me hagas hablar...—se rio a lo bestia.

—Odio cuando te ríes de forma tan exagerada, más falsa y no naces.

—Envidiosa...—replicó.

—Estúpida. — Le saqué la lengua.

—Una cosa, ¿tú estás falta de sexo? —se interesó.

—Lo mismo que tú, ni más ni menos — sonreí con malicia mientras observaba su cara de querer cháchara jugosa en cantidad.

Me miré la parte de arriba del bikini y aluciné del bronceado que ya lucía... el sol achicharraba y menos mal que llevábamos protección de más de cincuenta, de lo contrario ya estaríamos como Robocop, sin poder doblar ni las rodillas.

Me quedé sobre aquella hamaca en pleno mar como una media hora, mientras Candela bajaba y subía de la suya jugueteando sola. La muy loquilla cantaba por Camela y por Los Rebujitos: en fin, mi niña me había salido de lo más flamenca, como buena sevillana.

Tras unos ideales chapuzones nos dirigimos a las hamacas que habíamos alquilado y nos pedimos unos nachos y unos burritos mexicanos. Con lo que me gustaba aquella comida... lo que yo estaba disfrutando, por Dios bendito.

Candela terminó de comer y se repasó los labios en rojo. Igual que me sucedía a mí, le gustaba estar perfecta, que en caso contrario las fotos no salían igual; así que yo hice lo mismo, total dime con quién andas y te diré quién eres.

Aquel verano sería especial y en septiembre ya teníamos a la vista varios trabajos. El que más nos llamaba procedía de una revista del corazón que nos había ofrecido unas condiciones jugosas; además nos permitiría hacer el rodaje a las dos juntas; eso de ir en pack molaba... aunque a veces me sacara de quicio estaba claro que no podía vivir sin ella.

Pasamos el resto de la tarde entre hamacas y cervezas, para después ir de cabeza a la ducha; tocaba ver a los chicos y por supuesto esa era una visita obligada, parecía que su local se iba a convertir en nuestro propio santuario.

CAPÍTULO 4

¿Se podía ir más monas? Yo creo que no... Divinas de la muerte llegamos al chiringuito con unas ganas de cachondeo tremendas, ¡madre mía qué pedazo de día habíamos pasado!

—Pero si están aquí los dos bombones españoles, creíamos que no os veíamos más el pelo. Ya os vale, anda que parasteis a saludarnos, ¿eh? —nos dijo Bruno.

Un tanto cortadas, como que habíamos cogido las de Villadiego y cierto que no le habíamos dicho

a los chiquillos ni “por ahí os pudráis”, sino que nos fuimos al galope a seguir recorriendo la isla como quien está haciendo un rally.

El casco es lo que nos había faltado porque a toda pastilla como íbamos a punto habíamos estado de abrirnos la cabeza. Hubiera sido lo que nos faltara, ¡qué bochornazo! Para salir en los periódicos, vaya...

—Es que lo mismo son como las famosas, que no quieren fotos, pero nosotros tenemos una que vale oro—nos comentó Lino mirando su móvil.

—Mándamela. —Candela tenía ganas de seguir dándome caña por lo de nuestro “accidente”.

—Pues como no se la ponga en el pico a la lechuza de Harry Potter no sé dónde te la voy a mandar, porque yo vuestro teléfono no lo tengo...—le contestó él.

—Ni lo vas a tener—Candela lo hizo rabiar, ya que ella había hecho sus propias fotos también cuando casi volcamos y no le hacían falta más...

El ambiente estaba de lo más animado y la música reggae sonaba con fuerza. Nuestras caderas se iban solas y aquella majadera ya se estaba tronchando en cuanto recibió la foto, al saber lo que pensaba hacer con ella...

—Cuidadito, que a ver si me van a subir a mí el seguro del coche en España por tu culpa, con tanto publicar cosas—le advertí muerta de la risa.

—No, no, que tu seguro está curado de espantos, esos tienen una cruz contigo...—Se partía, ella es que se partía de la risa.

—¿Por qué no te vas a hacer unas pocas de puñetas? —resoplé.

—¿Y por qué no nos tomamos todos un chupito a vuestra salud? Por aquello de que estáis enteras y más buenas que el pan—nos soltó Lino que era otro que, si no corría, volaba.

—Vengan esos chupitos. — En eso sí que nos pusimos las dos de acuerdo.

Brindamos con los chicos y les contamos cómo habíamos pasado el resto del día. A ellos debíamos hacerles mucha gracia porque no paraban de reírse con nuestras cosas... Luego nos daban su parecer y nosotras también nos tronchábamos porque, cuando repartieron el salero, aquellos dos debían estar en primera fila.

—Entonces, ¿qué os ha parecido la isla? —nos preguntaban con ganas de que les alegráramos el oído.

—¿La isla? No veas, esto es la leche, yo se lo estoy diciendo a Lola, que me pasaba aquí no uno, sino diez años sabáticos.

—Y después no quieres que te diga que eres más floja que un muelle de guita, si es que te lo buscas tú sola. — Negué con la cabeza pensando que esa era capaz y capataz de querer quedarse en un sitio así.

La noche apuntaba bien, y pronto dudamos si nos habíamos embadurnado ese día en protector solar o en miel, porque teníamos un montón de moscones a nuestro alrededor.

—Estáis causando sensación—nos decían los chicos, viendo cómo unos y otros no paraban de sacarnos al bailar.

—Esos van a medias con vosotros, si lo sabré yo—les comenté—, la idea es ponernos la lengua como un zapato y que no paremos de beber. Joder, qué calor hace, ¿tenéis al demonio echando fuego ahí en la puerta o cómo va esto? —Me bebí el cóctel de un trago.

—Y luego la bruta soy yo...—Candela me miraba incrédula, pero es que yo tenía la boca seca, parecía que me habían metido un estropajo de esparto en ella...

Sin poder mediar palabra, me cogió para bailar un chico, bueno un chico... Un armario de ocho puertas que había allí y que decía que era marine americano, ¿marine americano? Por Dios que uno solo así valía por todo un regimiento, ¡qué tío más grande, leches!

Candela estaba doblada de la risa porque el marine había tirado de mí y casi vuelo como una pluma, pero por lista no vio venir que el destino le tenía preparado otro más o menos igual.

—Joder, ¿a estos tíos cuántos Petit Suisse les daban de pequeños? —me preguntó cuando se fueron con la música a otra parte y nunca mejor dicho...

—A estos les daban dos, pero dos docenas a cada uno, no he visto una cosa igual en mi vida.

—Sí, y encima para nada, porque a más grandes, más lacios, como tengan la misma gracia para todo...—Me guiñó el ojo y vi que estaba no achispada, sino lo siguiente.

—¿En qué les falta gracia? —nos preguntaron los chicos, que por mucho que trabajaran, no nos quitaban la vista de encima.

—Cosas nuestras y el que quiera saber que se compre un libro—les soltó Candela con un gesto

gracioso.

Parecían encandilados con nosotras, esa era la verdad. Y eso que a ellos tampoco les faltaban pretendientas porque tía que se acercaba a la barra, tía que les daba palique.

—Pues ahora nos vamos a quedar nosotras aquí para espantar un poco al personal—le sugerí a Candela, sabiendo que estaría de acuerdo.

—Hombre, claro, ¿qué viene a ser esto de entrarles con ese descaro a nuestros chicos? No te jode...—Se hacía ella la enfadada.

Total, que, ya que nos quedamos un rato en la barra, venga chupitos y venga cócteles... La mezcla hacía que yo no supiera si eran mellizos, o cuatrillizos, porque veía triple...

—Yo te quiero, Candela. — Le puse un brazo por encima del hombro.

—No te me vayas a poner tontita, ¿eh? Que tienes muy mal beber—me advirtió, aunque había que buscar un traductor ya para entenderla.

Los chicos veían atónitos la escena porque, aunque también se habían tomado unos cuantos chupitos con nosotras, ellos estaban frescos como una lechuga.

Nos dio la hora de cerrar sin darnos ni cuenta y, mientras los últimos clientes se fueron marchando, ellos nos pidieron un baile antes de despedirnos... Uno o dos o tres... que aquellos maromos estaban para hacerles un favor.

Eso mismo pensábamos cuando, un rato después, Candela y yo caímos a plomo en la cama. Qué

peligro tenía la isla...

CAPÍTULO 5

—He soñado esta noche que Bruno venía y echábamos el polvo del siglo—le comenté a Candela en cuanto abrí un ojo.

—Eso, tú no des los buenos días ni le preguntes a tu amiga cómo está de la resaca ni nada; tú al lío, a pensar en el tema...

—Vaya, mujer, habló la madre Teresa de Calcuta, no te jode. Ahora se va a hacer la ofendida y todo. Mira, no me tires de la lengua, haz el favor, que a ver si te crees que no veía cómo mirabas a Lino anoche.

—Sí, eso no te lo voy a negar, los hermanos tienen mucho sexapil, será esa mezcla mexicana y alemana que me pone mucho...

—Menos mal que no has dicho que tienen pedigrí o algo así, porque hablas de ellos como si fueran un experimento de laboratorio—reí.

—Tienes razón, pero no te digo yo que no estén para experimentar... ¿Tú has visto esos culitos que tienen cuando se dan la vuelta?

—Jodida, los culitos los tienen siempre, otra cosa es que tú se los veas en ese momento....

—Cómo no me iba a corregir ella, lo que no sé es por qué puñetas has estudiado Periodismo y no te has hecho maestra... Búscame una pastilla, que es lo que tienes que hacer.

—¿Anticonceptiva? —Ya le estaba tirando de nuevo de la lengua.

—Esa también, no te creas, pero yo me refería a un Ibuprofeno del tamaño de una tabla de surf, que no puedo con mi vida.

—Ya saco el botiquín de las borracheras, no te preocupes, tú no te muevas, no vaya a ser que te hernies—suspiré.

Una buena ducha, porque la noche anterior nos habíamos acostado hasta sin desmaquillar y parecíamos choccos en su tinta... ¡y a la calle!

Desayunamos y nos fuimos a las hamacas esas del agua, tan idílicas, que había enfrente del chiringuito de los chicos.

—Qué agua más cristalina, mira me veo el rojo de las uñas de los pies brillante, brillante...—
Miraba maravillada, aunque sin moverme mucho en la hamaca, que también tenía resaca y solo me hacía falta que se me levantara el estómago y potar...

—Pues yo no me veo las mías, será que estoy peor que tú. — Era la bomba ver a Candela repanchingada en su hamaca, parecía que la hubieran tirado de un helicóptero y hubiera caído así.

—¿Será porque tú llevas la pedicura francesa? ¿Qué mierda quieres ver entonces? A ver, que el agua es cristalina, pero que no está el chino ahí debajo de la hamaca dándote una capita de color, no te jode...

Mi amiga y yo siempre íbamos a un negocio regentado por un chino a que nos hicieran la manicura y la pedicura, que para nosotras las uñas eran sagradas. Si llevas el pelo y las uñas monas, luego con cualquier trapito ya estás ideal. Y más si tienes buena percha que, modestia aparte, era el caso...

El gusto por el arreglo de las uñas nos venía desde la más tierna infancia, cuando terminábamos apropiándonos de todos y cada uno de los esmaltes que compraban nuestras madres para hacernos nuestras propias sesiones de belleza.

Discutiendo esos importantes temas, vimos venir a los chicos...

Los dos abrieron el chiringuito, pero, mientras Lino se quedaba dentro de la barra, Bruno avanzaba hacia nosotras...

—Os veo estresadas en las hamacas—rio.

—Sí, sí, estamos aquí fatal. ¿Y tú? —le preguntamos mientras él cogía otra.

—Yo a descansar hasta darle el relevo a mi hermano, a primera hora de la tarde. Y ya por la noche a currar los dos, como los buenos... ¿Y vosotras, mucha resaca?

—Yo no sé si mucha, pero potente—le decía Candela.

—Pobres, si es que además unos cuantos de los chupitos eran de tequila. Si queréis, esta noche, os pongo alguno sin alcohol.

—Antes muerta, eso de beber chupitos sin alcohol es como ir para nada, si vas que sea para algo —le contesté volando.

—Y, además, ¿quién os ha dicho que os vayamos a visitar esta noche? —añadió mi amiga, para rizar el rizo.

—¡Me doy por vencido! Sois dos contra uno, no hay derecho—se quejó, sonriente.

—Mira, ahora por la mañana sí te admitía una porquería de esas sin alcohol. — Me dejé caer en plancha.

—¡Marchando! —Se levantó él y vino con tres cócteles monísimos.

—Yo no os por nada, pero este chico quiere ganar puntos, amiga. —Candela se bebió el suyo casi de un trago, pues esa mañana la de la sed era ella. ¡Menos mal que era sin alcohol!

—Tenéis una foto preciosa las dos ahí, voy por mi móvil. — Se ofreció él y nos pareció una buena idea.

—Yo no sé ni dónde tengo el mío, Candela. Cuando llegué aquí les dije a mis padres que estaba bien y ni le he echado más cuenta...

—Así eres tú, en cualquier momento me llamará tu madre diciendo que o la llamas de inmediato o manda a un detective a buscarte, pero tú ni caso. Ten hijos para esto...

—Habló la hija del año, no te jode, ¿cuántas veces le has hablado tú a la tuya desde que estamos aquí?

—Yo, dos, una cuando llegamos y otra hace un rato para mandarle la foto de cómo habías dejado el carro, que esa va a dar la vuelta al mundo, palabrita.

—Ya caerás, ya la liarás tú parda y lo difundiré yo...

—Si os calláis os hago la foto, que se me está quedando la mano muerta—comentó Bruno y caímos en que ya había vuelto y lo habíamos ignorado por completo, al pobre.

Así éramos nosotras, mortales de necesidad...

Después de la foto, Bruno nos sugirió bañarnos y Candela, con su sal y su pimienta, me comentó que fuera yo, según ella porque no tenía el chichi para farolillos; frase que tuve que explicarle a Bruno cuando nos miró de lo más extrañado.

—Estás más bonita todavía en bikini que vestida, ¿es magia o qué? —Se acercó peligrosamente en el agua y nuestros labios quedaron demasiado cerca...

La química saltaba a nuestro alrededor y su sonrisa ladina no dejaba lugar a la duda; empezábamos a tenernos muchas ganas y el entorno invitaba a dejarse llevar.

Rompí la supuesta magia a la que él había aludido salpicándole, lo que lo provocó lo suficiente para seguirme mientras eché a correr. Joder, que, aunque estuviésemos en el agua, sí que sentí calor. Y es que aquel pecho no era normal, sus abdominales parecían manguitos de esos de los niños... Otro que, si bueno estaba vestido, sin apenas ropa ya era un escándalo...

CAPÍTULO 6

Pedazo de comida que nos habíamos metido en el cuerpo y las hamacas que nos llamaban para que nos echáramos una siesta a lo grande...

Menos mal que, previendo la que nos venía encima, Candela y yo nos habíamos cuidado un poco las semanas anteriores al viaje, porque allí no estábamos contando calorías precisamente....

Por suerte, también la época de exámenes solía dejarnos “escuchimizadas”, como decían nuestras madres y eso motivaba que ahora pudiéramos mover la mandíbula sin miedo... para comer, quiero decir, que para otras cosas todavía nos habíamos portado la mar de bien.

No obstante, nosotras no éramos de piedra y lo mismo les sucedía a los chicos, por lo que la tensión sexual se intensificaba cada vez que nos acercábamos los unos a los otros, eso era ya más que evidente...

—Te juro que miedo me da que se me caiga hasta la baba cuando me quede sobada—sonreía Candela.

Cómo se notaba que ya estaba de mejor humor, pues lo mucho que había comido tenía que haber diluido por narices el alcohol de su cuerpo.

—No, cuando se te va a caer la baba va a ser ahora, que en breve ya viene Lino para acá—le recordé.

—Ni que lo digas, oye y Bruno y tú no os habéis dado antes un lote en el agua de milagro, ¿eh?

—Mírala ella, con todo su golpe de resaca y lo atenta que estaba—le reproché entre risas.

—Joder, es que me he levantado resacosa, pero no ciega, no te fastidia...

—Pues con todo y con eso yo me he contenido, que tampoco quería que estos dos pensarán que hemos llegado desesperadas a la isla, guapita de cara...

—¿Y lo estamos o no? Porque yo lo único que sé es que, entre el calor que hace aquí, y el que me provoca este tío, en cualquier momento entro en combustión espontánea.

—Y arde mi Candela, si es que no te podían haber puesto un nombre que te fuera mejor...

Estábamos en plena siesta cuando fue Lino el que llegó, dándole un susto a mi amiga.

—¡Joder! Que me he acojonado viva, estaba soñando que...

—Menos mal que ha sido por un sueño y no porque te haya parecido un adefesio al abrir los ojos
—rio él.

—¿Un adefesio? No, que tú estás muy...muy potente—arrancó a decir y yo pensé que, dentro de lo que cabía, se había mostrado prudente.

—Anda, ven, que potencia te voy a dar yo a ti. — La cogió y terminó elevándola por encima de él, como en un número de esos de patinaje artístico.

—¡O me bajas o te poto ya! —le chillaba ella, que se sentía más acorralada que un cangrejo en un cubo.

—Yo de ti le hacía caso, te advierto que ella es de pota fácil, que me lo digan a mí que me he llevado el premio gordo más de una vez—le advertí.

—¡A mí no me vuelvas a subir por las alturas! —Le sacudió ella un puñetazo en el brazo tan pronto como la bajó.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó él, preocupado, viendo que se acariciaba la mano.

—Joder, qué duro estás, anda que como lo tengas todo igual...—murmuró.

—¿Cómo? —preguntó él sin dar crédito a la barbaridad que mi Candela le acababa de soltar.

—Nada, nada, que el día después de beber no asunta mucho. — Hice el gesto como de que le faltaba un tornillo.

—Vale, pues voy por algo fresquito—se ofreció.

—Desde luego que así me vas a vender mañana por la mañana. Le has dado a entender que estoy como una cabra—Me miró con ganas de querer ahogarme allí mismo.

—Te he echado un capotazo, como siempre, que eres la monda lironda, te lo juro. Te metes tú solita en la boca del lobo que da gusto—me defendí.

—Lo que debe dar gusto es darse un revolcón con estos dos, ¿tú qué dices?

Los miramos, Bruno estaba dentro de la barra y Lino fuera, pero las sonrisas de ambos brillaban desde allí. Vaya dos tíos más buenos y encantadores.

—Sí, que parecen que nos los han puesto de premio de fin de carrera también, esa es la realidad.

— Me encogí de hombros.

—Pero no será de premio de consolación, ¿no? Mira que te veo venir—me preguntó.

—Eso es lo que tú estás deseando, usarlo de consolador, guarrilla, que lo leo en tus ojos.

—¿Nos los tiraremos las dos a la vez? —murmuró ella cuando vio venir de lejos a Lino.

—A la vez puede, pero en sitios distintos, ¿eh? Que una cosa es que una esté necesitada y otra que haya venido hasta aquí para rodar una peli porno, que a mí las orgías no me van—le advertí y nos partimos de risa.

—¿De qué os reís, bellezas? —nos preguntó Lino al llegar hasta las hamacas.

—¿Quién se está riendo? —Lo salpicamos y por poco pierde pie, con los cócteles y todo.

Al final de la tarde, y después de una buena ducha, la mar de morenitas y preciosas nos dirigimos de nuevo al chiringuito, donde ya estaban los dos esperándonos.

—No sabíamos si venir aquí o a otro, pero en este es que tenemos enchufe, ¿verdad Candela?

Nos movimos insinuantes delante de ellos, que ya estaban con la botella de los chupitos en la

mano, deseando brindar.

—¡Por las turistas más bonitas de toda la isla! —exclamaron a coro, parecía que lo tenían ensayando.

—Para mí que estos dos nos quieren dar coba—me soltó Candela.

—Sí, igual lo que quieren es llevarnos al huerto.

—¿Al huerto? Más bien a las dunas, diría yo.

Al huerto, a las dunas o a la cama... allí se estaba cociendo algo y eso lo sabían hasta los hebreos. Suerte que fuera una jugada a dos parejas porque así todos podíamos disfrutar de un juego que ya se estaba convirtiendo para nosotras en uno de los grandes atractivos de la isla.

Teníamos por delante una nueva noche de miradas y guiños seductores, y cada vez las indirectas iban subiendo más de nivel. Y lo que no eran las indirectas también tenía que estar subiendo, lo que pasa es que la barra no nos permitía ver lo que de sobra ya intuíamos...

Por medio los marines también, a los que parecía que les había dado perra con nosotras; en particular al “mío” como lo llamaba Candela, que ese tío no me quitaba un ojo de encima en toda la noche. No es que se pasara, ni mucho menos, pero pesadito era un rato largo...

Cada vez que venía a darme la brasa, yo corría a refugiarme en la barra y, haciéndome la sedienta, esperaba allí hasta despistarlo. Candela se tiraba al suelo, hasta que le tocaba a ella que le dieran un poquito la murga, pero la que tenía la cruz encima era yo....

Pero más allá de los marines, a nosotras nos interesaban los hermanos...

Un bailecito picante al final de la noche entre mi amiga y yo, cuando el resto de los turistas se marcharon, fue el detonante para que ambos nos tomaran por la cintura y comenzáramos a bailar pegados, muy pegados... Más pegados todavía de lo que cantaría Sergio Dalma, que ya es decir.

Y tan pegados bailamos que la fresca y deliciosa fragancia de Bruno aromató mi sueño aquella noche, cuando, en la soledad de mi cama, me parecía seguir sintiéndolo tan descaradamente cerca.

CAPÍTULO 7

—Madre mía que estamos aquí apalancadas y no hemos hecho todavía ni una excursión—le dije a Candela desde mi hamaca, contemplando el increíble turquesa del agua.

—Si es que eres muy floja, que te lo tengo dicho...—me replicó.

—¿Floja yo? Mira, no te tiro de la hamaca y tragas agua a tutiplén porque tenemos muchas fotos que hacernos y cualquiera te aguanta, que te has llevado una hora con las planchas del pelo, pero debería liarme a palos contigo y no acabar hasta mañana. —Entrecerré los ojos.

—Total, que la floja soy yo... Claro, siempre es bueno tener una Candela a quien echarle las culpas de todo, como a los niños pequeños...

—¿Y qué diferencia hay entre tú y una niña pequeña? Aparte de que bebes como un cosaco...—
puntualicé.

—Claro, y como tú eres abstemia, ¡hay que joderse! —Ya la había provocado, pero bien.

—Ok, ok, ahí me he colado. Pero reconoce que vaga eres para todas tus castas, ¿te acuerdas cuando tus padres llamaron a los míos porque estaban de viaje y no te localizaban? So pedazo de marmota, si llevabas durmiendo veinticuatro horas, yo no he visto una cosa igual en mi vida...

—No, si verás tú, si para una vez que maté un gato, me voy a llamar matagatos hasta el día del juicio final. ¿Cuántas veces voy a tener que explicártelo? Que fue porque habíamos acabado los exámenes y yo estaba muerta...

—Claro y yo no... como que los habías hecho tú solita. Pobre mártir, excusas...

—¿Y qué si yo necesito dormir una mijilla más? Además, ya era comienzos de julio y en Sevilla estaba cayendo fuego, y a mí el calor me amuerma, ya lo sabes...

—Te amuerma, te amuerma... No veas al pobre que le toque cargar contigo, ese va a flipar, pobre incauto.

—¿Quieres cobrar? Porque si tienes ganas yo te preparo un salteado de leches en un momento y te lo comes entero—gruñó.

—Bruno, ven...—Le hice un gesto para que se acercara, pues tenía ganas de bañarme con él.

—¿Qué se le antoja a esta princesita, guapa? —me preguntó con aquella sonrisa de robacorazones que tenía.

Como de verdad le dijera lo que se me antojaba íbamos listos, porque el tío era una tentación en toda regla, para degustarlo allí con hielo, tipo cóctel veraniego.

—¿Algo de beber? Estoy sequita—le respondí.

Yo me quejaba de mi amiga, pero cierto que las dos estábamos vagueando de lo lindo... Hasta levantarnos a por las bebidas nos costaba, iba a ser verdad eso de que cuanto menos hace uno, menos quiere hacer.

—Danzando, preciosas—añadió solícito y salió corriendo.

—Yo sí que lo ponía a danzar a él, bueno más que a danzar lo ponía a...

—Calla, demonio que me disparatas y yo no he echado el *Satisfyer* en el equipaje, por tu culpa...

—¿Por mi culpa? Ahora vas a decir que te he hecho yo la maleta, ¿no te jode? —repliqué.

—No, no es eso... Lo que pasa es que tenía que compartir habitación contigo, mamarracha.

—Hombre, te diré, si te parece me vengo yo a dormir a la playa para que tú le des al matarile a gusto... Todavía estarás quejosa de que no nos hayan obsequiado con una suite de lujo individual a cada una, no te fastidia...

—No digas sandeces, que yo a mis padres no puedo estarles más agradecida, pero que echo de menos a mi chiquitín, eso también te lo garantizo, que es muy entregado él—sonrió lujuriosa.

—¿De quién hablas? —Tan metidas estábamos en la conversación que no vimos venir a Bruno.

—Cosas de esta, que tiene un sobrino chiquitajo que no veas...—Reí para mis adentros, disimulando.

—¿Un sobrino? Pero si yo creía que las dos eráis hijas únicas...

—¡Y lo somos! —exclamé, dejándolo con los hombros encogidos y sin entender ni una pizca de a qué nos estábamos refiriendo.

Una buena mañana en el paraíso mexicano y en la mejor compañía se abrió ante nosotros.

—¿Y qué hacen aquí los turistas aparte de ponerse ciegos a cócteles y vagar de lo lindo? —le preguntamos a Bruno.

—Bueno, hay una excursión increíble que es la del avistamiento y nado con tiburones ballena—nos comentó—. Igual os queréis apuntar, os puedo poner en contacto con el chico que la organiza.

—¿Tiburones? —La cara de Candela era de espanto total, porque ella tenía un miedo cerval a todo bicho viviente que fuera más grande que una gallina; así corriera, volara o nadara.

—Sí, mujer, pero que es muy segura. Nunca ha pasado nada y...

—A mí sí que no me va a pasar, eso te lo garantizo, porque no me pillan en esas ni amarrada, vaya...

—Yo sí que me apuntaría a hacer snorkel un día, me alucina y en este lugar debe ser un lujo.

—¿Te apuntarías? Es mi pasión, si quieres podemos hacer una pequeña incursión tú y yo un día de estos—se ofreció.

—Hombre, claro, ya estamos tardando... Mi padre fue el que me puso en el cuerpo el gusanillo del snorkel, él es otro apasionado. Si le digo que me he ido de aquí sin hacerlo me va a chocar...

—De eso nada, eso lo podemos arreglar tú y yo mañana—insistió.

—Muy bonito, y a mí mientras que me parta un rayo, me voy a quedar aburrida—refunfuñó y se cruzó Candela de brazos como cuando éramos pequeñas...

—Ya está ella ofendida, ¡qué cruz! Tú ese rato te vas al chiringuito con Lino, que el chaval tiene el cielo ganado y seguro que no le importa soportarte—le sugerí.

—Claro, ya verás lo feliz que haces a mi hermano...

Vi a Candela muy lanzada para contestarle y le di un codazo antes de que dijera alguna barbaridad de la que luego pudiera arrepentirse; que ya veía yo en sus ojos la felicidad en la que esa estaba

pensando...

Por aquello de que cuando lo estamos pasando bien a las manillas del reloj les da por darse una carrerita, la mañana pasó en un abrir y cerrar de ojos y al mediodía estábamos Candela y yo poniéndonos hasta las cejas de langosta y pulpo, en un restaurante situado en la misma orilla del mar, ¡qué mal lo estábamos pasando por Dios!

—Oye, a lo nuestro con los chicos habrá que darle un empujoncito, ¿no? —me preguntó ella mientras pedía más bebida para echar hacia abajo aquella barbaridad...

—Habrá, habrá, porque a mí me ha dado Bruno un puntazo en el agua y no he hecho ventosa con él de milagro—reí.

—Ya, ya, no era a esa clase de empujoncito al que me estaba yo refiriendo, pero que anda que no me dejaba yo ponerme mirando a Cuenca por Lino—añadió ella.

—Pues menuda brújula vas a necesitar, al saber dónde queda Cuenca desde aquí—suspiré mientras mi mente ya volaba en dirección al cuerpazo de Bruno.

CAPÍTULO 8

Si algo podíamos decir de Holbox es que era un tesoro en plena Península del Yucatán y que transmitía una vibra especial.

—A mí me vuelve loca el rollito que tenéis aquí—le decía Candela a Lino mientras Bruno servía a los clientes, al comienzo de la tarde.

Y es que, si tienes el alma verde, Holbox es tu lugar, de eso no teníamos dudas nosotras...

—¿Y qué es lo que más loca te vuelve? —le preguntó él con segundas, mientras la agarraba fuerte por la cintura.

—Pues yo qué sé—se mordió ella el labio inferior, provocándolo—. Será eso de que las carreteras estén sin asfaltar, que no hay coches, ni edificios altos, ni contaminación, ni mierdas de esas—concluyó la frase a su estilo.

—¿Y no hay nada más que te vuelva loca? —insistió.

—Ahora que yo recuerde como que no—le contestó ella revolviéndose el pelo de manera coqueta, provocando que él le diera una buena palmada en el culo.

—¿Habéis visto ya nuestras puestas de sol? Esas sí que son famosas—llegó Bruno hasta mi altura y me dio un cariñoso pellizco en la cara, al que yo correspondí con una palmadita en el brazo.

Bueno, en el brazaco ese que tenía que parecía un jamón de pata negra, el tío... Increíble la buena genética que compartían los dos y vaya gusto que tenía que dar verlos practicar deporte al aire libre, que en aquella isla lo de los gimnasios como que no....

¿Puestas de sol decía? Puesta estaba yo desde que amanecía por su culpa, pero no era plan de soltar tal burrada así sin anestesia. Que una tenía una reputación que mantener y, aunque me lo hubiera comido vivito allí mismo y crudo, había que guardar la formas...

—No hemos visto nada, si nos habéis acaparado de tal forma que nos vamos a ir de aquí hechas unas palurdas—se quejó Candela para pincharlos un poquito.

—Pues eso tiene fácil solución... Llévatelas esta tarde, hermano, y, enséñales la isla como Dios manda... Que al final nos van a culpar, van a hacernos mala publicidad en España y va a quebrar el chiringuito...—bromeó, concatenando las supuestas desgracias.

—Jo, tú eres como el del cuento de la lechera, pero al revés... en gafé, ¡qué tío! —reí.

—Bruno, ¿y si llamamos al primo Francisco para que se quede él esta tarde currando y se la enseñamos entre las dos? —le propuso su hermano.

—Pues mira, no es mala idea, ve a buscarlo, a ver si está disponible...

En nada apareció Lino con un chico que, de no haber sido porque ellos lo juraban y perjuraban, no hubiéramos creído que era su primo ni en broma. Bajito, regordito y moreno, los mellizos y él eran la noche y el día.

No sabíamos la que nos esperaba cuando nos montamos en el carrito de golf.

—Esta vez no lo llevas tú, por mi madre de mi alma. —Candela se puso al volante con Lino al lado, mientras en el asiento trasero nos situamos Bruno y yo.

—Muy graciosa, pues nada, danos una clase práctica y cuidadito con sacar los pies del plato, que como tengamos un contratiempo, lo publico en “La Vanguardia” —le advertí.

Lo más emocionante del trayecto fue que, tan pronto como aquella cenutria arrancó el carrito, Bruno me dio la mano. Expectante por ver lo que yo hacía, le sonreí y me ahuequé en su pecho.

—Volcar no habrás volcado, pero parece que vamos montados en un saltamontes, jodida—le dije cuando se metió por unas dunas y aquello se movía más que los cacharritos de la feria.

—¡Que no cunda el pánico! —chillaba ella, con un Lino de lo más emocionado que también dejaba caer su mano sobre el muslo desnudo de mi amiga.

Fue una tarde en la que recorrimos la isla, incluido el centro del pueblo, donde compramos como souvenir una calavera mexicana, nos tomamos un cóctel en un bar que contaba con su propia piscina, ¡y cómo no, hamacas con vistas al mar!, ya que pertenecía a un hotel...y acabamos

degustando una exquisita pizza de langosta.

—Esta es una de nuestras especialidades gastronómicas—nos explicó Lino mientras Candela y yo poníamos los ojos en blanco al darle un mordisco a aquella delicia.

—Solo por esta pizza merece la pena quedarse aquí—bromeó Candela, que no paraba con el tema.

—Pues nada, no se diga más, yo tengo sitio para ti—le contestó Lino, que estaba al quite y no paraba de abrazarla.

—No me mires, que yo me tengo que ir a Sevilla, que mi amiga estará loca, pero que aquí no podemos hacer de corresponsales—le contesté, mientras recibía un abrazo por su parte.

Con los chicos había un rollo extraordinario y encontrarlos había sido el colofón para que a nuestros días en Holbox no les faltara de nada, pues eran una compañía magnífica.

—¡Yo quiero una foto ahí! —chillé antes de volver para el chiringuito cuando vi uno de esos edificios callejeros que habían usado como lienzos, que lucía un colorido tucán que no le podía dar más vida.

—Ella es que es la tonta de los colores, así como os lo cuento. —Sacó Candela su móvil y yo puse morritos para la foto.

—Ahora yo contigo—me dijo Bruno y Candela sacó una segunda, más colorida todavía, con aquella cabeza rubia del muchacho.

Y lo que empezó como una foto acabó siendo todo un reportaje porque después nosotros se las hicimos a ellos. Y, para terminar, nos sacamos varios selfis en unas imágenes en las que el único serio parecía el tucán, pero los demás desbordábamos alegría.

Por último, nos quedamos también con el recuerdo de una puesta de sol inigualable que vimos con los chicos antes de cenar, mientras atesorábamos en nuestras retinas aquel espectáculo visual sin parangón en el que no faltaron unas preciosas estrellas de mar que, desde el agua, nos hablaban de lo especial del lugar.

¿Desde dónde? Pues desde un rincón único; Punta Cocos, adonde llegamos paseando hasta dar con su embarcadero, desde el que disfrutamos de unas vistas espectaculares donde las hubiera.

CAPÍTULO 9

A los chicos les tocaba trabajar un poco y a nosotras ver cómo lo hacían...

—Esta noche tenemos una sorpresa para vosotras—nos dijeron cuando nos sirvieron los primeros chupitos.

Madre mía, que menos mal que solo íbamos a permanecer allí unos días porque no parábamos de darle patada tras patada a nuestros hígados.

—¿Qué sorpresa? —chillamos las dos, eufóricas.

—Pues anda que, si os la contamos, vaya mierda de sorpresa que sería esa—rieron ambos y es que razón no les faltaba.

Con el local hasta los topes, no cabía un alfiler y Candela y yo no parábamos de ir y venir a la barra...

—Con lo que me estoy ahorrando en copas estos días, me parece que me puedo comprar el coche a la vuelta—exageré.

—Sí y un ático también, con helipuerto y, de paso, el helicóptero allí también para Su Majestad—me hizo Candela una graciosa reverencia.

Obvio que lo del coche era broma, pero los chicos eran un amor y no nos dejaban pagar ni una.

Entre baile y baile, caía una ronda de chupitos y, aunque allí había bastante trasiego de gente, ya conocíamos a algunos de los clientes de las últimas noches.

—Ahí tienes otra vez a tu marine—me dijo Candela, viendo cómo el armario alargaba el brazo para llevarme con él.

—Y para mí que viene como una cuba, ese lleva hoy todo el día entrenando en barra fija de cerveza. —Lo miré y me entraron sudores, qué pesadito que era el tío.

—Pues el mío hoy ha ligado, mira tú por dónde—se refirió al otro marine, que también solía darle la brasa a ella.

—No, si tú naciste con estrella, capulla, ya verás que este viene a darme la del pulpo.

—Pues díselo a Bruno para que te lo quite de encima, no seas carajota.

—Claro y quedar como una mema que no puede dar un paso sin que un tío le cubra las espaldas, ni hablar...—resoplé.

—Pues ahí lo tienes enterito para ti...—Sonrió la puñetera y vi que los chicos estaban ojo avizor desde la barra.

Para mayor bochorno y escarnio público, el tío, que me había sacado a bailar todas las noches, puso la rodilla en el suelo y en perfecto inglés me preguntó casi a gritos si quería ser su novia.

Sofocos, lo que se dicen sofocos, había yo notado desde que llegamos a la isla dado las altas temperaturas, pero ni comparación con los que sentí en aquel momento en el que me sabía el blanco de todas las miradas...

La risa contenida de Candela era ya el colmo de los colmos, y yo tenía unas ganas de emprenderla contra ella que no eran ni medio normales. ¿Por qué no venía a rescatarme?

Y dale Perico al torno y todo el bar con la mirada puesta en mí, ¿tendría monos en la cara o cómo iba la cosa?

¿Ser su novia decía el tío? No, no era eso lo que quería. Yo lo que de verdad deseaba era que me tragara la tierra o, mejor todavía, que se lo tragara a él por lerdo y borrachuzo, que hay que controlar más.

Muerta de la vergüenza, miré a Bruno; sí, a Bruno, pues por mucho que quisiera sacarme yo solita

las castañas del fuego, la situación estaba pasando de castaño a oscuro.

Con un rápido movimiento de ojos nos lo dijimos todo y él, que a punto estuvo de saltar por lo alto de la barra, me indicó con el dedo que me acercara y yo... Yo salí a su encuentro como en las películas...

La sonrisita de Candela parecía adivinar lo que estaba a punto de suceder y es que, en ese momento, delante de todo el chiringuito, Bruno y yo nos besamos, por lo que el gozo del marine se fue a un pozo.

De lo más cabreado, no tuvo otra idea que querer marcharse y, con la cogorza que llevaba encima no se le ocurrió hacerlo por la puerta, no... Él se empeñó en salir a toda costa por la máquina del tabaco, es decir atravesándola, surrealista pero cierto. Y no la partió a cornadas porque sus compañeros lo sacaron de allí, que si no se la lleva por delante...

—Levantas pasiones, baby—dijo Bruno tumbándome sobre sus brazos en plan peliculero y volviéndome a besar.

—Chula que es una—dije mientras comprobaba que, por la caseta de campaña que acababa de montarse en sus finos pantalones, yo levantaba más cosas, aparte de las pasiones.

—Y una mierda vas a ser tú la única que se morree—refunfuñó Candela, rompiendo toda la magia del momento y abalanzándose sobre Lino como si no hubiera un mañana.

—Pero bueno, sevillana...—dijo él que no la esperaba, sin poder articular ni una palabra más, pues sus labios quedaron sellados por los de mi amiga.

—Vamos, te ibas a dar el lote tú sola, no te fastidia...—seguía diciendo camino de recibir nuestra

sorpresa, una vez los chicos hubieron cerrado.

Roto el hielo, a cada paso que dábamos nos parábamos para fundirnos en uno y mil besos, hasta que asombradas, vimos que la sorpresa de los chicos no era otra que la posibilidad de darnos un baño nocturno en el mar...

Claro que Holbox tenía truco y bañarte allí por la noche equivalía a disfrutar de la bioluminiscencia, un fenómeno que se da en pocos lugares del mundo y que aquel nos servía en bandeja.

—¡Parezco un gusiluz! —chillaba Candela de la mano de Lino mientras movía los brazos y un halo de luz la envolvía.

El efecto era tope guay y aquel era el mejor regalo natural que los chicos podían hacernos. Descubrir que allí el plancton marino genera luz, iluminando el mar cuando te bañas, al remover las aguas... ¡Eso sí que era sensacional!

—Ven aquí, gusiluz mío. —Lino la envolvía con sus brazos...

—Por la gloria de mi abuelo que yo no sé si esto tiene explicación o es que se nos está presentando la Virgen de Lourdes—reí mirando a Bruno y comprobando que él también tenía un montón de besos que dedicarme.

En la absoluta oscuridad de la noche, pues la iluminación solo es posible en días sin luna, los cuatro reíamos felices mientras nos besábamos en aquellas mágicas aguas... Aunque para magia la que estaba empezando a surgir en un cuarteto en el que la tensión sexual amenazaba con dejarnos electrocutados, al estar sumergidos en el agua.

CAPÍTULO 10

—¡¡¡Preciosas!!! —escuchamos exclamar fuera de nuestro alojamiento a unas voces que nos resultaron más que familiares.

—Ainss, estoy soñando con Lino, pero es que mira que está bueno—decía Candela—, si hasta me parece escuchar su voz...

—¿Solo te lo parece? ¡Que están ahí fuera, levántate marmota, que estos quieren jarana!

—Jarana, jarana le hubiera dado yo ayer debajo del agua, ya el temita se está calentando demasiado, perdona que te diga, yo no aguanto más...

—¿Te imaginas que nos dan mandanga de la buena en pleno mar? Y que se les hubiera puesto el pito fluorescente, con las luces esas tan raras...

—Ya te digo, iban a parecer sables láseres los dos—reímos.

—¿Y qué hacemos, salimos o seguimos de cháchara? — Anda que no se notaba nada que estábamos de vacaciones y que pasábamos tres kilos de todo.

—Vamos a hacerles rabiar un poco, mejor—me sugirió.

Haciéndonos de rogar, nos quedamos tumbadas en las camas hasta que los chicos empezaron a cantar y cantar rancheras para obligarnos a salir.

—¡Al final llueve por vuestra culpa, os la vais a cargar! —les hicimos burla.

—Venga, que como no salgáis, vamos a tener que soplar y soplar hasta tirar la casa abajo, como en el cuento de los tres cerditos—reían los dos.

—Yo sí que le soplabla la gaita a mi bombón mexicano—murmuró Candela.

—¡Toma ya! La finura al poder...—Negué con la cabeza.

—Habló Ms. Elegancia, no te fastidia—replicó ella.

—Calla, calla, que parece que se van... mira que si los hemos hartado de verdad, ¿qué querrán?
—mirábamos escondidas entres las cortinas.

—¡Eh, bombones! ¿Os habéis perdido? Cuidadín que os podéis derretir al sol—les advertí desde dentro de la habitación.

—Vaya, no están en coma—le comentó Bruno a Lino.

—No, no y eso que solo nos corre el alcohol por las venas, ni rastro de sangre—reímos.

—Venga, quejicas, ¡que hoy nos vamos de excursión! —exclamaron.

—¿Qué pasa? ¿Hoy tampoco trabajáis? A ver si al final vais a tener que cerrar el chiringuito y después nos echáis la culpa a nosotras—nos burlamos...

—Nada de culpas, si nos quedamos sin curro nos vamos con vosotras para España a que nos mantengáis, ¿no vais a ser dos pedazos de reporteras del corazón? —nos preguntaron divertidos.

—¡Y un mojón pinchado en un palo para vosotros! —le respondió Candela sin pensar, se había levantado fina, no había duda...

—Esa boca, niña, que vamos a tener que entrar a lavártela con jabón—añadió Lino.

—Como este entre, se lleva el premio gordo, fijate, porque yo estoy ya que me subo por las paredes—murmuró ella.

—Tú hazte la digna, que lo propongan ellos, nada de ponerles las cosas tan fáciles, que luego se ponen muy tontos. Aguanta Candela, que tú puedes—bromeé.

Salimos y los chicos se habían hasta sentado en el suelo, del mucho rato que llevaban esperándonos.

—¿Qué se os ofrece? ¿Qué plan es ese que vamos a hacer hoy? Yo creía que tú y yo íbamos a practicar snorkel—miré a Bruno pensando que con ese practicaba yo más de un deporte, y lo que no eran deportes...

—Y no se me ha olvidado, pero hemos pensado que sería mejor librar los dos y enseñaros Playa del Carmen como es debido—contestaron ellos.

—¿En serio? —Nos miramos las dos, pues nos pareció una idea fabulosa.

—Pues sí, que ya lleváis aquí varios días y solo habéis estado en Holbox, tenéis que ampliar horizontes—nos indicaron.

—No vamos a negarlo, pero es vuestra culpa, que nos habéis entretenido más de la cuenta—les

saqué la lengua.

—Pero ¿se puede tener más cara? —se miraron sin dar crédito.

Los chicos eran de lo más simpáticos y se notaba que estaban por la labor de agradarnos al máximo, por lo que pensé que ninguna forma mejor de ver los alrededores de aquella idílica isla que de la mano de aquellos lugareños tan entregados.

Antes de lo que cantaba un gallo, ya estábamos en el ferry, desde cuya cubierta amenazaron con tirarnos si no dejábamos de imitar cómo nos habían despertado a golpe de ranchera.

Como buenas sevillanas, Candela y yo nos reíamos hasta de nuestra sombra y ellos terminaron dándose por vencidos...

—Si ha molado escucharos, nosotras también sabemos cantar rancheras, ¿qué os creéis? —comenzamos a cantar por Rocío Dúrcal y ellos grabándonos— *“Fue un placer conocerte y tenerte unos meses...”*— cantábamos desafinando que daba gusto.

—Vaya arte que tenéis...—Nos aplaudían ambos, que nos miraban con muy buenos ojos.

—Venga ahora vosotros vais a cantar y a bailar sevillanas con nosotras—tiramós de ellos.

—¿Sevillanas? —Estaban flipados, pero por Dios que aquellos bailaban... ¿No se habían levantado con ganas de dar el cante? Pues ahora les tocaba apeguchar...

La cara de ambos cuando les empezamos a enseñar los primeros pasos de las sevillanas era todo un poema, mientras entonábamos la letra esa de *“La Toña y la Malena ya están bailando...”* de

Los Marismeños.

En el corto trayecto del ferry conseguimos que medio se defendieran con la primera y el broche de oro del trayecto lo puso Candela cuando me empezó a cantar su propia versión de *“Mi niña Lola, mientras que viva tu amiga no estás en el mundo sola”* de Concha Buika, canción que me venía dedicando desde que éramos niñas.

El asunto es que animamos a todos los pasajeros que dio gusto y, cuando nos quisimos dar cuenta, ya habíamos llegado; momento que todos los que nos rodeaban aprovecharon para romper a aplaudir y nosotras lanzábamos besos mientras les dábamos las gracias.

—No hemos andado listas, podíamos haber pasado el sombrero al terminar—le comenté a Candela mientras nos bajábamos del ferry.

—Pues sí, que solo nos ha faltado traernos la cabra, la hemos liado, pero bien. —Se reía ella.

—¿La cabra? — Los chicos no sabían de qué hablábamos, bien se veía que nunca habían pisado España y desconocían nuestra idiosincrasia, por lo que se la tuvimos que explicar y se quedaron con la mandíbula desencajada.

CAPÍTULO 11

Playa del Carmen se abría ante nosotros y con ella un concepto distinto...

—Igual debiéramos alquilar un coche para recorrer esta maravilla—les sugerí a los chicos cuando pusimos los pies allí.

—Eso, tú no escatimes en gastos, ahora llamo a tus padres y les cuento que te quieres dar la vida padre aquí a su costa—se burló mi amiga.

—No seas puñetera, mira quién fue hablar, la niña de las marcas, que la mascota que te pega es el cocodrilo de Lacoste—refunfuñé.

—Pues a ti la que quizás te pegue sea esta otra mascota. —Volvió a enseñarme su puño, como hacía de vez en cuando.

—Haya paz, nosotros tenemos un coche en la isla—nos dijeron los hermanos, haciendo nuestras delicias.

—Anda, mira ellos qué apañados, si es que a estos chicos no les falta un perejil—les dijimos.

—Es costumbre entre las gentes de Holbox—nos explicaron—, tened en cuenta que allí el coche no nos hace falta, pero cuando salimos sí, y para dos días nos puede venir sensacional.

—¿Dos días? — Nos quedamos ambas bastante alucinadas, algo valía que habíamos echado un poco de ropa de recambio en nuestras pequeñas mochilas, por si era necesario.

—Pues sí, que ya puestos, queremos enseñaros Playa del Carmen en condiciones...

“Ya puestos”, yo pensaba que a mí sí que me ponía Bruno, igual que a Candela le ponía Lino.

—¿Y se puede saber dónde vamos a dormir? —les preguntamos pensando en que no habíamos previsto nada al respecto.

—Mujeres de poca fe, todo está arreglado—nos contestaron.

Vaya, pues si ellos decían que estaba arreglado, lo estaría. Después de tomar un colosal desayuno, los chicos nos llevaron a ver algunos de los lugares más representativos del lugar, como la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, que Candela decía que habían limpiado con lejía Neutrex debido a su blanco nuclear, o el pequeño faro sito en la playa principal. Ni que decir tiene que también aprovechamos para hacernos fotos en el Parque Fundadores, al lado del letrero del Playa del Carmen.

En ese mismo lugar cayeron también varias fotos en el Portal Maya, el icónico arco formado por la figura de un hombre y de una mujer, que no podíamos perdernos.

Con los chicos como magníficos cicerones, disfrutamos hasta la saciedad de un opíparo almuerzo típico mejicano a base de unos exquisitos tacos y otros platos, que coronamos con un par de margaritas por cabeza.

Por la tarde nos dividimos, pues Bruno me dijo de llevarme a un destino especial que a Candela como que no le haría ni pizca de gracia, por lo que la dejé dándose el lote padre con Lino en la playa.

Nosotros nos dirigimos a Akumal con el propósito de nadar con tortugas, todo un espectáculo y algo con lo que no contaba. Situado entre Playa del Carmen y Tulum, para mí supuso una

experiencia increíble.

Al llegar divisé una impresionante playa de arenas blancas con palmeras en la que se podía, lo dicho, nadar con tortugas; ni más, ni menos...

—Pero bueno, si es que las tortugas están ahí mismo. —Me quedé un tanto perpleja, viendo que las teníamos a pocos metros de la orilla.

El baño fue realmente espectacular, las tortugas de cine y hacerlo de la mano de Bruno, que no me soltaba ni a sol ni a sombra, toda una oportunidad de esas que quedan en la memoria, en el apartado de los grandes recuerdos de tu vida.

Al salir, ataviados con máscaras, chalecos, tubo y aletas, nos hicimos unos cuantos selfis...

—Jo, me veo los pelos como una rata—le dije riendo.

—Pues será como la ratita presumida, porque yo te veo preciosísima—me contestó dándome un beso de cine.

No podía ser más cariñoso ni atraerme más... Desde allí nos fuimos a buscar a Candela y a Lino, a los que nos encontramos como los dejamos... enredados como dos pulpos.

—Niña, que te voy a echar una foto y se la voy a mandar a tu madre ahora mismo—carraspeé con cierto cachondeito.

—Tú te guardarás muy bien de decirle a mi madre ni mu, que ya sabes la murga que me da luego. Y, además, ni tú que tú fueras una monja, no te jode, como sea yo la que tire de la manta un día...

Los chicos nos escuchaban mirándonos como quien ve un partido de tenis y, al unísono y de lo más seductores, nos hicieron callar depositando un largo beso en nuestras bocas, ¿se podía ser más monos?

—Bueno, ¿y ahora por dónde seguimos? —les preguntamos, porque ni siquiera sabíamos dónde íbamos a dormir.

—Ahora nos vamos a “la quinta”.

—¿Y qué es “la quinta”, listos? —le saqué la lengua a Bruno y a punto estuvo de agarrármela al vuelo...

—La Quinta Avenida—nos explicaba Lino mientras Bruno me correteaba y yo terminaba dejándome besar, para lo que no tenía que hacer ningún sacrificio...

Llegamos con ellos a ese colorido y pintoresco lugar y Candela y yo nos quedamos con la boca abierta. Al contrario que en Holbox, allí dabas una patada y salían diez restaurantes... Y qué contar de la intersección entre la quinta y la avenida doce, en la que también encontramos mil y un sitios para comer, así como bares, espectáculos y hasta algunos antros...

En tan buena compañía cenamos, tomamos más margaritas de la cuenta y, mientras dábamos un vultazo, llegamos hasta...

—Mirad chicas, esta es la Calle Corazón—nos comentaron los chicos al entrar en aquel agradable callejón en el que no faltaban cálidas luces que alumbraban cafés y galerías de arte, entre otros lugares.

Allí volvimos a sentarnos a tomar algo, pues si algo descubrimos Candela y yo es que los margaritas entraban demasiado bien... y los tequilas también.

—¡Qué bonito, por favor! —exclamé cuando nos rodeó aquel grupo de mariachis y los chicos comenzaron a cantar con ellos, rondándonos.

—¡Quita, que esto lo grabo yo! —Cogió Candela su móvil e hizo una ligera introducción, como buena reportera que era, para dar paso a un “*canta y no llores*” que, efectivamente, nos alegró los corazones... y de paso nos acarició el alma.

CAPÍTULO 12

Ignoro a qué hora entramos con los chicos en aquel hotel de la Quinta Avenida, pero de temprano no debía tener nada...

—“*Ese lunar que tienes, cielito lindo, junto a la boca... No se lo des a nadie, cielito lindo que a mí me toca*” —les cantábamos Candela y yo a dúo cuando nos dirigíamos a recepción.

—*Shhhh*, chicas, que nos van a detener por escándalo público—nos advirtieron.

—¡Un escándalo sois vosotros! Nosotras no tenemos la culpa—les indiqué, es lo que tiene el alcohol, que te suelta la lengua...

—Un escándalo y una provocación andante, pero eso se ha acabado, esta noche vamos a consumir —miró Candela a Lino.

—¿Cómo dices? —Los chicos negaban con la cabeza y es que no era para menos... ¡vaya cogorza

la que llevábamos las dos encima!

—Que vamos a consumir lo nuestro—insistía ella.

—¿Y qué es lo nuestro? —Se partían de risa.

—¿Cómo que qué es lo nuestro? ¿Hace falta que os lo expliquemos? Vamos a contárselo amiga— me invitó a seguirla y ya estaba el lío, porque claro, a mí no hacía falta que me tocaran mucho las palmas, que yo me conocía...

—Pues lo nuestro es...—me arranqué por El Arrebato y Candela que me seguía— *“Un amor tan grande, tú no puedes esconderlo por ninguna parte, ¿cómo vas a prohibirle al corazón enamorarse?”*

La chica de la recepción nos miraba incrédula y nosotras nos señalamos la una a la otra como dedicándonos el éxito de la actuación, para partirse...

—Tenemos dos habitaciones, ¿cómo nos las repartimos? Vosotras mandáis—los dos nos miraban con cara de santurriones cuando subíamos en el ascensor.

—Cada oveja con su pareja, así es como nos las vamos a repartir, que yo a Candela la tengo ya muy vista—reí.

—¿Estáis seguras? —nos preguntaron Bruno y Lino que, pese a llevar la palabra “deseo” grabada en la mente, no podía ser más caballerosos.

—Totalmente seguras, que a nosotras no nos va eso de *“vamos a ser feliz, vamos a ser feliz, felices los cuatro”*, por muy convencido que esté el Maluma ese—le indiqué.

—Eso, eso, ¡juntos, pero no revueltos! —exclamó Candela.

—Eso por descontado—se encogieron ambos de hombros—, chicas a lo que nos referíamos es a si estáis seguras de que queréis dormir con nosotros—Bruno me guiñó el ojo.

—¿Estáis insinuando que, porque estemos un poco piripis, también vamos a estar incapacitadas?
—nos miramos entre nosotras y nos dio la risa floja.

—Incapacitadas no, solo un poco loquillas...

Llegamos a la puerta de las habitaciones, que eran contiguas y, como alma que lleva el diablo, cada una cogió a uno de los chicos cuando abrieron la puerta y volamos para las camas.

—La has cogido con gusto—se rio Bruno mientras comenzaba a hacerle un sensual striptease tarareando yo misma la musiquilla.

Y menos mal que era yo la que tarareaba, porque a él lo dejé sin habla por lo sexy de unos movimientos que derrochaban sugerencia por doquier.

En un abrir y cerrar de ojos los dos estábamos desnudos y la química desbordante que se respiraba en la habitación hizo el resto... Nuestros cuerpos estaban a un tris de convertirse en uno solo.

—*“Hazme tuya una vez más”* —le canté al más puro estilo de Isabel Pantoja.

—¿Cómo una vez más? Si yo nunca he estado contigo—volteaba Bruno los ojos, pues tan pronto lo miraba con ojos de gata felina en celo, como le hacía reír sin parar.

Y no éramos los únicos, pues el ruido procedente de la habitación de Candela y Lino nos indicaba que allí se estaba celebrando otra fiesta de las buenas...

Locos por sentirnos, un frenesí incontenible se hizo dueño de la situación cuando, sin mayores preliminares que unos besos y unas caricias, le pedí a Bruno que entrara en mí mientras repetía una y otra vez su nombre.

Tomándome por la cadera, su miembro parecía hablar por él, lo mismo que lo hacía su mirada, que llevaba la pasión grabada a fuego, como buen latino que era.

—Tú me dirás cómo te...—lo interrumpí con un beso.

No quería decirle nada, ni nada iba a parecerme demasiado. Lo necesitaba dentro de mí, el calor se intensificaba por momentos y la situación empezaba a ser absolutamente sofocante.

—Entiendo, pequeña—murmuró cuando nuestros labios se separaron y, con un certero movimiento de cadera, me dio una estocada que me hizo levitar de la cama... o al menos eso me pareció a mí, sería efecto del alcohol...

—Quiero más, Bruno, quiero más, lo necesito—le susurré al oído, cogiéndolo por aquella cabellera rubia que tanto me ponía, por el contraste con su piel morena.

—Disfruta, bonita, *shhhh*—me hizo callar para seguir elevándome con aquel sensual movimiento de cadera cuya cadencia y ritmo me iba a provocar no pocas satisfacciones.

Un primer orgasmo por mi parte no se hizo esperar e ignoro cuál de los dos lo disfrutó más, pues si a mí parecía que se me iba la vida en ello...la cara de satisfacción de Bruno también indicaba un placer incontenible.

—Siempre ha sido una copiona—le comenté, entre risas, cuando escuchamos que no era yo la única que había alcanzado la cima del placer; pues los gritos de Candela desde la otra habitación sugerían que, haciendo honor a su nombre, allí estaba ardiendo algo...

—Desde luego que sois únicas—arranqué su risa, aunque eso no le restó un ápice de vigor.

—Venga, no te me distraigas—le reñí, entre bromas, para comprobar que no estaba en su ánimo; pues Bruno se afanó todavía más en provocarme un segundo y un tercer orgasmo antes de ser él mismo quien, cual volcán en erupción, terminara vaciándose en mí...

—Ha sido increíble, pero en un rato quiero mi siguiente ración—le advertí con el dedo mientras el cansancio, mezclado con el alcohol, hacía que incluso costara trabajo entenderme.

—A ti te doy yo una ración y el bufé entero, preciosa—me acariciaba el pelo Bruno mientras yo notaba que el sueño me iba haciendo suya...

CAPÍTULO 13

Joder, qué bien me había despertado ese día en los brazos de Bruno, ese mexicano que había conquistado momentáneamente mi corazón, y claro que era momentáneo; lo nuestro tenía menos futuro que un submarino descapotable, pero lo iba a disfrutar hasta el último día.

Amanecer en playa del Carmen tenía su punto, con la vida que había en esa Quinta Avenida. Simplemente, me encantaba. Y otro momento de sexo como el de la noche anterior... eso era despertar con buen pie, y lo demás eran tonterías.

Dos golpes en la puerta y un grito de Candela.

—Se acabaron el sexo, las drogas y el alcohol. Salgan ustedes.

—La mato —Reí mirando a Bruno, que se mordisqueaba el labio aguantando la risa.

Abrí la puerta y ahí estaba Candela con una sonrisa de oreja a oreja. Cómo se notaba que había folla... la muy capulla.

—¿Te aligeras o te voy a tener que vestir yo? — me preguntó.

—Anda, pasa, no tardo — volteé los ojos —. ¿Y Lino?

—Lino está en el bar tomando un café. Nos espera para desayunar.

—Ya se ve — respondí con ironía.

—Hija, que se está tomando un café mientras os espera.

—Mi hermano sin café no es persona — advirtió Bruno.

—Ni que lo digas, casi ni me habló. Pero eso sí... hizo sus deberes — le respondió mientras me hacía un guiño y sacaba la lengua hacia un lado en plan *influencer*.

—Anda, vamos, necesito un café yo también — resoplé recogiendo mis cosas y metiéndolas en mi mochila.

Era una de esas mañanas en que la humedad, nada más salir por la puerta de la habitación, te da tal bofetada de golpe que te pone ya húmeda para todo el día. Una sensación con la que había que convivir.

En el bar, un Lino sonriente nos miraba con cara de haber pasado la misma noche que nosotros; con esa sonrisa floja que a todos se nos queda después de un polvo.

—Necesito un café expreso triple — dije al camarero.

—Ahora mismito — me contestó sonriendo.

—Que sean cuatro iguales — intervino Candela.

—Muy bien. ¡Marchando!

—Y una ronda de tostadas con zumos de naranjas — añadí, con la barriga rugiéndome por el hambre.

—¿Desean algo más los señores?

—Un millón de dólares, pero, como no me lo vas a dar, con el desayuno me doy por satisfecha — le respondió bromeando Candela.

—Yo con una cuarta parte me conformo — anotó el camarero.

Y tanto. Y con cincuenta mil euros también me conformaría yo, pero ahora tocaba desayunar, que para eso sí que nos llegaba.

Eran apenas las siete de la mañana. Según ellos, había que salir pronto hacia el lugar que nos querían enseñar; una sorpresa de la que no revelaban ni el más mínimo detalle.

Nos montamos en el coche y cogimos carretera y manta, como se suele decir. Bruno, que era el que iba conduciendo, puso música. Yo ocupaba el asiento del copiloto.

La música latina comenzó a sonar. Si llega a poner reggae como en su chiringuito, lo saco por la ventanilla y lo decapito, porque ya estábamos hasta la coronilla.

Dos horas. Dos horas justas duró el trayecto, pero esboqué una sonrisa al comprobar que estábamos en la zona arqueológica de *Chichén Izá*, aquel punto de ruinas mayas tan conocido por todo el planeta, donde se encuentra una de las pirámides más visitadas del mundo.

Hacía tal calor que parecía que no íbamos a poderlo soportar. Menos mal que fuimos comprando agua fría, agua que, además de beber, nos íbamos tirando por encima. En cualquier caso, todo merecía la pena en aquel lugar tan sagrado, con tanta historia y con tanta carga energética.

Cuando el calor ya se hizo insufrible, y después de habernos tirado infinidad de fotos en todas las posturas habidas y por haber, partimos hacia un cenote llamado "*Ik-Kil*" que pertenecía al parque arqueológico.

El sitio en cuestión era fuera de serie, una brutal pasada que nos dejó con la boca abierta; un parque lleno de plantas, árboles y toda clase de aves majestuosas, loros de espectaculares colores incluidos. Aquello tenía tal belleza que ponía la carne de gallina.

En cuanto al cenote, era majestuoso. Se accedía a él por unas escaleras que ofrecían las vistas más impresionantes del mundo y que desembocaban en una plataforma de aguas cristalinas como sacadas de un cuento increíble.

Me agarré a la espalda de Bruno y comencé a flotar mientras mordisqueaba su cuello, ese que

daban ganas de comerse a bocados. La verdad es que el hombre era un verdadero bombón caribeño.

Candela, emocionada, no paraba de gritar en tanto se hacía mil fotos. De paso, iba tirándonos algunas a los demás, dejando constancia del impresionante momento que todos estábamos viviendo.

Poderse bañar ahí y refrescarse de ese modo era una bendición, tras el calor que habíamos pasado contemplando aquella pirámide y que a mí particularmente ya se me había quedado grabada en las retinas por los siglos de los siglos...

La sonrisa de Bruno delataba su satisfacción por cuanto estábamos disfrutando. Sus manos agarraron las mías y me comenzó a pasear mientras flotaba.

Candela estaba liándola parda; todo lo que veía bajo el agua lo iba retransmitiendo para nosotros y para el resto del personal. ¡Ni que estuviéramos ciegos! Su vena periodística de nuevo a la palestra, y es que ella era como Gustavo, el reportero más dicharachero de Barrio Sésamo...

—Afloja la voz, tía — murmuré cuando se acercó.

—¿Y por qué he de hacerlo? ¡Estoy disfrutando!

—Vale, pero disfruta por ti. Eres el centro de atención de todos los presentes. Si no la lías, no estás tranquila. Eres la...

—La alegría de la huerta — me contestó sonriendo.

—Anda, tira para allá — le pedí echándole agua en la cara.

—Me las pagarás — Se puso a hacer lo de los dedos a sus ojos y a los míos. Lo que yo decía... se quedó en los diez años.

Estuvimos metidos en el agua como una hora. Salimos arrugados como las pasas, pero es que la sensación que habíamos estado experimentando era tan placentera que no veíamos el momento de ponerle fin.

A continuación, abandonamos el parque para ir a comer a un sitio típico de la zona, donde nos ofrecieron un almuerzo de lo más tradicional y sabroso. A mí es que me encantaba todo lo que probaba, inclusive el picante. Y allí de eso tenía para hartarme. Vivir para ver...digo para comer.

CAPÍTULO 14

Rumbo hacia el ferry, tocaba volver a Holbox después de los dos preciosos días que nos habían regalado esos mellizos y que habían sido la guinda de un viaje de por sí inolvidable.

Tenía la desagradable impresión de que todo acabaría en cualquier momento, cosa que me ponía de lo más triste y tonta, de manera que hice todo el camino callada. Bruno, que parecía conocerme ya a la perfección, acariciaba mi mano como adivinando lo que me pasaba por la mente.

Allí mismo me tomé una cerveza e intenté apartar aquello de mi cabeza, pensando que con los días que nos quedaban días por delante no había razón para venirse abajo. Además, tenía que mentalizarme de que todo duraría lo que durara el viaje, el mismo que debería disfrutar hasta el último momento para llevarme el mejor recuerdo posible en todos los sentidos.

Llegamos a la isla sobre las ocho de la tarde. Los chicos se fueron a ducharse antes de abrir el chiringuito. Quedamos en verlos más tarde.

—Te cagas — dijo Candela cuando entramos a la habitación, sentándose en la cama y moviendo las manos rápidamente, como hacía siempre que tenía noticias frescas y jugosas.

—No te entiendo...—la miré fijamente como si en sus ojos hubiera respuestas, en vez de pupilas.

—Tenía ganas de que nos quedáramos a solas. Ayer descubrí algo — su cara me estaba asustando.

—Suelta ya, que me estás poniendo nerviosa.

—Creo que son narcos...—murmuró y yo tragué saliva.

—¿Qué dices? — la miré sin entender nada.

—Anoche, mientras yo dormía, a Lino le vibró el móvil y se fue a la terraza. Pensaba que yo estaba en un sueño profundo, pero hablaba bajo y le entendí algo de que el paquete tenía que estar mañana a las nueve de la mañana en la casa del otro lado, que es donde ellos tienen las reservas de bebidas. Está claro que se refería a ese lugar, y le decía a quien fuera que esperaba que fuera de calidad, que no quería ni una tontería con los turistas, que la última era mezclada y que si pasaba algo iban a ir a por ellos. Blanco y en vasija me parece a mí...

—¿Coca? —me costaba hasta hacer la dichosa preguntita.

—Pues tiene toda la pinta. Te juró que me cagué. Y eso de que irían a por ellos es porque seguro que la policía de aquí ya los tiene en el punto de mira. Vamos, eso lo tengo más que claro.

—¿Será una tapadera lo del chiringuito? —conjeturé.

—En toda regla...—concluyó.

—¡Qué fuerte! —exclamé negando con la cabeza.

—Mañana vamos a ir a las nueve a escondernos para ver el tejemaneje que se traen—me sugirió.

—¿Y si nos descubren? —De repente me estaba entrando miedo.

—Pues hacemos como que estamos de paso. —Candela tenía más valor que “el guerra”.

—Sí, claro... por allí que no pasa ni Dios. ¡Ni que fueran tontos!

—Pues nosotras fuimos a correr bordeando la isla.

—¿Y qué vamos a sacar descubriéndolo? —El miedo se iba adueñando de mí por momentos.

—Pues no sé, pero al menos saber si estoy o no en lo cierto.

—Me cago. Lo que me faltaba es toparme en estas vacaciones con dos narcos.

—O que los pillen y nos lleven presas a nosotros también por andar con ellos.

—No, por favor, es lo que me faltaba por oír. ¿Y si hacemos las maletas y nos vamos a la zona de todo incluido a terminar el viaje? Eso va a ser lo mejor, tú hazme caso, que yo soy el cerebro pensante del binomio.

—¿Huir? —Le extrañó mi propuesta, como si yo hubiera dicho alguna incoherencia, así era mi Candela.

—No, salir por patas, literalmente.

—No lo veo, no lo veo. Mañana lo vamos a ver a escondidas. Y si hay algo raro, tomamos la decisión.

La verdad es que sería chocante descubrir que estábamos liadas con dos narcos, nosotras, que lo

máximo que habíamos hecho en la vida era estudiar y tener algún que otro escarceo con algún que otro universitario, así que, de ahí a un narco, como que eran palabras mayores.

Después de una buena ducha nos fuimos a cenar a la playa las dos solas, comiéndonos el coco con eso que ella había oído. Desde luego, por la forma en que lo explicaba, el tema era sospechoso, conque tenía una incertidumbre y unas ganas de descubrirlo increíbles.

—Como sean narcos, los denuncio a las autoridades.

—Candela, ¿a qué autoridades? —le pregunté muy seria.

—A las pertinentes — hizo un gesto de obviedad.

—Será por las que hay en esta isla — reí negando.

—Bueno, pues cuando crucemos con el ferry.

—No. Tú y yo calladas hasta que salgamos del país, y si mañana lo confirmamos, salimos de la isla por patas.

—Por patas... pero por patas. ¡Qué marronazo!

Marrón, pero marrón que era, a pesar de que no tenían pinta de narcos, aunque ¿qué pinta tenían? Es que podía ser cualquier persona. En realidad no los conocíamos más que de esos días, pero no sabíamos nada realmente de ellos, así que cualquier cosa podía ser.

Nos fuimos al chiringuito y nos recibieron con un cóctel de esos maravillosos que hacían. Nosotras con la sonrisa permanente en la cara, fingiendo que todo estaba perfecto.

—Lola — la miré al hablarme —, pensándolo bien, tienen un poco de misterioso — decía mirando a Lino, mientras ambos hermanos atendían por igual a los clientes.

—Yo veo ya una película de suspense detrás de todo esto. Tengo una paranoia mental alucinante.

Lino nos miró sonriendo y le devolvimos la sonrisa, pero vamos, que nos salió más falsa que Judas. La cierto es que teníamos el cuerpo cortado con tal posibilidad.

Esa noche les dijimos que estábamos agotadas y nos fuimos rápido. A ver, que cansadas estábamos, pero acojonadas también.

—Lola, te juro que mañana, como vea algo raro, cojo las cosas y me piro.

—A ver si te crees que yo me voy a quedar aquí — le respondí riendo.

Apagué la luz y seguimos charlando en tanto que intentábamos coger el sueño, además, ya a carcajadas con la película que nos comenzamos a montar y a ver; hasta en la cárcel, condenadas por tráfico y comiéndonos la sentencia de diez años, a base de frijoles y nachos. Por poco me ahogo al escuchar eso de la boca de Candela.

Ya por último estábamos pensando que nos iban a meter hasta algo en las maletas y que nos harían actuar de mulas. Eso de imaginar era muy malo y lo estábamos llevando a un extremo que al final terminaríamos tal cual, o sea, en la cárcel, comiendo nachos y viendo nuestro futuro truncado. De esa forma nos quedamos dormidas. Para matarnos.

CAPÍTULO 15

—Lola, despierta que nos tenemos que ir a descubrir el pastel, pero antes tenemos que desayunar.

—He tenido el sueño con la cárcel y que me liaba con una reclusa — me senté en la cama poniéndome la mano en la cara.

—¿Con una reclusa? —me miró de lo más raro.

—Sí, y encima me gustaba — reí negando.

—Lo mismo eres bisexual—apuntilló.

—Lo que sea, menos presa — resoplé levantándome.

—Yo te lo digo en serio, como vea algo raro, venimos a por las cosas y nos vamos.

—Sí, sí, yo también lo tengo claro.

Desayunamos nerviosas como dos niñas que van a descubrir lo más grande. Nos faltaron las esposas, una pistola y una gorra en los papeles de policía, pero como no teníamos nada de eso, pues iríamos en plan detectives. De esa manera, al terminar el desayuno tiramos hacia la esquina del lugar en cuestión que ella había escuchado y nos escondimos tras un murito en el callejón de al lado, en el que había una ventana alta que daba al interior de su local y que era una antigua casa.

Me subí a los hombros de mi amiga y me puse a escuchar por la ventana. Entró un coche y de él descendieron dos fardones de esos que se ven en las noticias cuando se ha incautado algún alijo.

Vi cómo Bruno le daba un sobre a uno de los chicos y que contaban el dinero. Le dieron una palmada en el hombro, se metieron en el coche y se fueron.

Observe al mellizo dándole a uno de los bultos un pinchazo con una navaja. Sacaba un poco de polvo y se lo metía en la boca. Luego afirmaba con la cabeza como dándole el visto bueno. Blanco y en botella; narco...

Le dije que me bajara y la agarré por la mano para irnos rápidamente.

—Es lo que nos teníamos. Tenemos que irnos de la isla. Estos están metidos en asuntos de lo más feo.

—No me jodas...

—No, no te jodo, palabrita — me llevé la mano a la boca y la besé.

—Tenemos que irnos...

—Ahora mismo nos vamos a un hotel de esos con todo incluido y nos quedamos quietecitas unos días hasta la vuelta.

Nos metimos en la habitación a hacer las maletas y dejamos el hostel. Nos fuimos en el carrito hasta el ferry, compramos dos billetes y esperamos impacientes para montarnos en él.

—¿Os vais? — la voz de Lino retumbó tras nosotras.

Al girarnos, le vimos ahí con cara de no entender nada.

—Sí — dijo mi amiga sonriendo con tristeza — Nos han llamado para decirnos que ha muerto mi tía en un accidente de tráfico. Hemos conseguido un avión para hoy mismo.

—No me lo puedo creer — la abrazó — Lo siento mucho.

—Tranquilo, cosas de la vida, que se encapricha en joder algo tan bonito como lo que estaba viviendo.

—Dame tu número, no quiero perder el contacto.

—Claro, te lo apunto — sacó la libretita que siempre llevaba y le apuntó un número que claramente no era el suyo.

Llamaron a embarque y nos despedimos de él. Se quedó con cara de no muy convencido, como si no la hubiera creído, como si algo no le cuadrara, pero lo único que queríamos nosotras era alejarnos de aquel marrón en el que casi nos vemos envueltas.

En el barco íbamos de los nervios, mirando por si se había montado en un último momento. Hasta ahí nos llegaba la locura, pero no podíamos evitar la sensación de que nos estaban siguiendo.

Cuando bajamos, cogimos un taxi y le indicamos el hotel que habíamos conseguido durante el ferry; un todo incluido en la Riviera Maya, a pie de playa. Vamos, un resort de esos de cine...

Me daba mucha pena dejar esa isla increíble. Ya echaba de menos a Bruno, pero no me iba a meter en un lío por estar con alguien que se jugaba su libertad de aquella manera. Eso era algo que ni entendía ni mucho menos iba a aceptar en la vida, así que, con todo el dolor de mi alma, ahí se quedaba con el pastel, con su historia y con sus problemas.

A las tres de la tarde ya estábamos en ese hotel que nos dejó boquiabiertas; un resort deslumbrante, lleno de bares, con piscina, playa privada y fiestas por todo la alto. La música y la animación andaban por todas partes.

Llegamos a la habitación, soltamos las cosas y nos fuimos a comer al bufé. Yo tenía un hambre impresionante, pero ya estaba relajada, sintiéndome a salvo del peliculón que nos habíamos montado en la cabeza, aunque era mejor prevenir que lamentarse.

La playa del hotel era espectacular. Nos tiramos en unas hamacas junto a la misma orilla, una gozada. Aquello era un plato cristalino con un azul precioso que se extendía hasta el horizonte.

Allí nos pasamos toda la tarde tomando cocteles, descansando y disfrutando del relax, ya que habíamos llegado con un estrés increíble.

Esa noche tenía ganas de comer en el bufé. Cada vez que me ponía nerviosa me daba por comer con un ansia increíble, y ese día en particular pensaba arrasar hasta con el cocinero si se me ponía por delante. Con esas, animé a mi amiga a retirarnos a ducharnos e ir a ponernos las botas, que sexo quizás no fuéramos a tener, pero el apetito no nos lo iba a quitar nadie.

Mientras Candela se duchaba, me acordé del número falso que le había dado a Bruno. Eso sí que lo iba a dejar con la mosca tras la oreja, el intentar hablar con ella y descubrir que le mintió en ese asunto. En fin, que le dieran por saco por ilegales.

Para esa ocasión me puse un mono corto de tirantes en negro, suelto, con una camiseta blanca debajo y unas sandalias del mismo color, en plan arreglada pero informal, como decía la Martirio.

Nos metimos en el bufé y comenzamos a probar de todo: marisco, carne, pasta, comida mexicana... Cenamos relajadamente y haciendo hueco para seguir probando todo lo que allí había. Después de la cena, nos iríamos a tomar algo por el hotel y a bajar la comida.

CAPÍTULO 16

—Dos chupitos de tequila, por favor — dije cuando llegué hasta la barra de la playa.

—Ahora mismito, señoritas.

—Qué bestia eres. Ya podrías haberlos pedido de algo más suave.

—Candela, necesito emborracharme.

—También tienes razón. Yo también — dijo cogiendo los vasos que puso el chico sobre un platito con el limón y la sal.

—Por favor, ¿nos vas poniendo dos Ron con Coca cola y otros dos chupitos? — le dije al camarero antes de que se fuera.

—Joder, Lola, pues sí que vas fuerte.

—¡A por todas! — Levanté el chupito y ella me siguió — Para arriba (y chupadita de sal), para abajo, para el centro y para dentro — dije tomándomelo y cogiendo el limón para metérmelo en la boca.

Nos bebimos el siguiente que nos pusieron. Luego, tranquilamente la copa, a la vez que bailábamos al ritmo de Romeo Santos, eso sí, ese cantante sonaba por todos lados. Mira que yo no era muy seguidora de esa música, pero ya me estaba comenzando a gustar y hasta me había aprendido algunas de sus canciones.

A mí me subieron los chupitos de una forma brutal. Mi amiga estaba sentada en la barra, observando cómo bailaba sola y con los ojos volteados esas bachatas.

—Lola, ¿no tienes la sensación de haber vivido una película?

—Tengo la sensación de que tenemos un imán para atraer todo lo malo.

—Joder, ya podrían haber sido normales. Encima, aquel era un monstruo en la cama — soltó una carcajada y me la produjo a mí también.

—Ni que lo digas — solté el aire y volví a apoyarme en la barra.

La verdad es que sentía un agobio impresionante al saber que esos días que nos quedaban en México no iba a estar con mi narco, así lo iba a llamar ya. ¿Acaso era otra cosa? No, pues lo recordaría por eso toda mi vida; como el día que me lie con un narco... Vamos, que solo me faltó volverme como “La reina del sur” y dejarme llevar por ese mundo.

Comenzamos a pedir chupitos, copas, más chupitos, más copas, y así hasta que ya no podíamos con nuestra alma. No sé en qué momento nos fuimos a la habitación ni cómo llegamos, pero sí que amanecí con una resaca de órdago y con ganas de echar hasta la primera papilla.

CAPÍTULO 17

Miré hacia el lado y no vi a Candela. ¿Dónde leches se habría metido?

Tras darme una ducha y tomarme una pastilla salí a buscarla al restaurante. Eran las once de la mañana. Me había levantado súper tarde, normal, y es que la noche anterior me bebí medio hotel y parte de todo el complejo, así que ella debía estar metiéndose relajadamente un buen desayuno.

Conforme me iba acercando al bufé, la pude ver en una mesa de fuera. Me tuve que esconder detrás de una columna. ¡Mierda! ¿Qué hacían Bruno y Lino junto a ella desayunando?

Les observé con idea de llamar a la policía si la veía un poco agobiada, pero la notaba sonriente. Claro, también podía estar fingiendo. Lo peor de todo era que habíamos dicho que regresábamos a España ¿Qué les habría comentado ahora Candela? ¿Y cómo sabían que estábamos ahí? Aunque eso era más fácil, ya que los taxistas del pueblo donde nos dejaba el ferry conocían a los chicos. Seguro que preguntaron y les desvelaron nuestra ubicación.

Tenía que ir, pero no sabía si así nos íbamos a poner en peligro, eso o que me estaba montando una película más grande de lo normal. Podían ser narcos, pero no malas personas. En fin, ¿¿¿qué hacía???

Necesitaba un café, rescatar a mi amiga y hacer algo ante aquella situación. No me podía quedar detrás de la columna permanentemente.

Bruno estaba guapísimo con esa camiseta blanca y ese bañador rojo ¿Por qué tenía que joder su vida con lo que valía?

Encendí mi móvil, que lo tenía apagado en el neceser, y me di cuenta de que tenía muchos mensajes de ella.

“Estoy en el restaurante, en una mesa exterior”

“Cágate, están conmigo Bruno y Lino, pero no te pongas nerviosa porque está todo controladísimo”

“Resulta que nos dejamos en el hotel de Holbox los pasaportes en la mesita de noche, y el del hotel, que sabía que parábamos con ellos, se los dio. Llamaron a los taxis y les dijeron que nos dejaron aquí”

“Me dio tiempo a reaccionar y decir que en el barco nos dimos cuenta y que por eso tuvimos que retrasar el vuelo hasta conseguir nuevos pasaportes, pues pensábamos que los habíamos perdido en Playa del Carmen cuando fuimos con ellos, así que todo redondo. Por cierto, se quedan aquí hasta que nos vayamos”

“Cuando vengas, haz como la que no quiere la cosa. Dentro del resort no nos puede pasar nada, conque podremos follar y esas cosas sin miedo a que nos detengan”

“En verdad, son tan monos... ¡Ni tienen pinta!”

“Levanta ya de la cama o me voy a hacer un trío con los dos”

La hija de su madre pensaba solo en el sexo. Madre mía. Bueno, al menos habíamos salido bien paradas con la excusa de los pasaportes y la manera en que ella fingió. ¡Si es que la muy capulla debería de ser actriz!

Volví a la habitación, sí, a retocarme un poquito. Una estaba angustiada pero no perdía el glamur, de modo que me puse un bañador blanco con un pareo de hilo en la cintura (una monería), mis chanclas altas, una coleta bien arriba, labios rojos y gafas de sol. Me plantaría allí con “pena” por lo de la tía de mi amiga, pero arreglada. Además, hasta tendría que fingir alegría por verles. Eso era lo mejor, fingir. Al igual que lo íbamos a tener que hacer durante los siguientes días...

Fui andando de nuevo hacia el restaurante, mientras ensayaba con mi cara de tristeza, esa que luego debería cambiar por la de asombro al verlos. Necesitaría fingir a conciencia lo impactada que estaba, que lo estaba, joder, pero al menos me había dado algo de tiempo para hacerme a la idea. Ya iba con ventaja y eso era algo.

—¡Lola! — escuché gritar a mi amiga mientras yo hacía como que la buscaba.

Me levanté las gafas, simulando que no me podía creer con quienes estaba. Vamos, la sorprendida total.

No me borré la expresión de asombro hasta que me senté después de haberle dado un abrazo fuerte a cada uno y haber besado en los labios a mi narco favorito, véase como una ironía.

Bruno comenzó a explicarme todo por encima y yo, agradecida de que ellos fueran los poseedores de nuestros pasaportes. Hasta se le veía el orgullo en la cara al jodido. Ni que fuera nuestro salvador, que en parte lo era, vaya marronazo en el que nos hubiéramos metido si tuviéramos que tramitar allí uno en la embajada de España; un marrón de esos bien grandes.

Me tenía la mano en la rodilla en tanto que yo desayunaba. Ellos ya lo habían hecho y solo estaban tomándose un café.

El hotel, que lo había pagado mi amiga, había salido por un pastón, pero ella tenía unos ahorrillos y me había dicho que esta trama final la íbamos a disfrutar a lo grande. Encima, en todo incluido. Lo que no sabíamos era que iba a ser a lo grande, grande, nada más y nada menos que con nuestros narcos.

Lino no tardó en proponer lo de la administración de las habitaciones, o sea, que él se iba a la nuestra con Candela y yo con Bruno a la de ellos. Vaya, que era lo lógico si no estabas al corriente de lo que nosotras sabíamos, así que ahora me tocaba traslado de habitación. Ahora bien, ya que estaba, iba a poner mi mente en blanco y dejarme llevar en esos días que nos quedaban allí. Al menos, en el complejo estábamos a salvo, y no pensaba salir con ellos ni a la puerta del hotel. Por tanto, ¡a disfrutar! Otra no nos quedaba.

Tras el desayuno, nos fuimos a la playa con los chicos. Ellos se quedaron en la barra pidiendo algo para los cuatro y nosotras cogimos una de esas hamacas a orillas del mar.

—Me cago, ahora tenemos que cambiarnos de habitación y cargar con ellos.

—Pues mira, Lola, ya no estamos en la isla y aquí nadie va a venir a detenerlos, así que, ya que nos gustan, vamos a disfrutar de las vacaciones, del sexo y del alcohol. Ya luego que se vayan por donde vinieron, que nosotras haremos lo mismo.

Me hice la cruz en la cara, santiguándome, y negué mientras me iba hacia el agua a darme un primer baño. Necesitaba refrescarme. Entre el calor y lo acontecido, estaba que estallaba de la presión.

Los chicos vinieron con unas Coronitas y su limón. Mejor, necesitaba ingerir alcohol, demasiado colapso para mi cabeza. Aparte de tener que fingir que no sabíamos nada, capaz de que se enterasen y nos descuartizaran en la habitación como en las películas de suspense. En fin, como decía mi abuela, nada en la vida es lo que parece...

—Amorcito, ¿estás bien? — dijo viniendo hacia mí a la orilla, una vez dejó las cervezas en una de las mesas que había entre las hamacas.

—Bueno, apenada por la muerte de su tía, pero bien y contenta de que nos hayáis salvado la vida con el tema de los pasaportes — lo abracé agradecida. Además, un poco de frotamiento tampoco venía mal.

—Te entiendo — besaba mi cabeza mientras me abrazaba fuerte y yo... Yo ya me estaba poniendo cachonda, para qué mentir.

Si al final de todo es que me gustaba. Esa era la realidad; me gustaba mucho, demasiado. E independientemente de esa vida tan fea que llevaba y que no compartía, no se le veía mala persona.

La mañana la pasamos en la playa. Lino no paraba de dar muestras de consuelo a mi amiga por tan fatídica perdida, tantas que ya hasta me estaba creyendo que hacíamos el papel divinamente. Y ellos eran tan atentos con nosotras que al final aquel viaje lo iba a recordar por la gran mentira que suponía. Bueno... una anécdota de esas que solo pasan una vez en la vida y si te toca. Y vaya si nos tocó. Surrealista al máximo.

Nos fuimos a comer al restaurante de la playa, que era de especialidad mexicana; un lugar precioso de madera y que calcaba el estilo de dicha ciudad.

Bruno no paraba de tener atenciones conmigo, como Lino con mi amiga, que se estaba pasando en el papel de víctima destrozada por la no muerte de su tía. Desde luego que aquello era para ponerlo en una comedia digna de Hollywood.

Tras la comida, quedamos en ir a las habitaciones y recoger las cosas para los traslados. Bueno,

más bien Lino y yo, que éramos los que íbamos de intercambio.

Me fui con mi amiga a por mis cosas y los chicos se marcharon a la suya. Luego vendrían a la nuestra y nos cambiaríamos.

—Tía, te has pasado tela en el papel de sufridora.

—Calla, coño, que nos tenemos que ganar la empatía de ellos.

—Como si no nos la hubiéramos ganado ya — negué mientras recogía las cosas.

—Pero... ¿y lo bien que nos lo vamos a pasar?

—Eso espero. Después del pastón que te gastaste aquí, qué mínimo...

—Y encima con los dos buenorros. No me digas que no tenemos suerte.

—¿Suerte? Desde luego, no sé si todo esto es suerte o que nos miró un bizco, pero algo tiene que ser.

—Bueno, tú disfruta. Y otra cosa te digo, si no nos vemos en un par de días, es que estoy follando para quitarme las penas.

—Eres una descarada — Le tiré con la almohada.

—Anda, recoge rápido que van a llegar y me quiero quedar un rato con mi Lino dándole alegría a mi cuerpo.

—Serás...

Sonaron dos golpes en la puerta. Eran los chicos. Lino entró con su maleta y una sonrisa de oreja a oreja, yo cogí la mía y me despedí con la sonrisa más irónica del mundo...

CAPÍTULO 18

Llegamos a su habitación, una réplica de la nuestra, amplia, con minibar, terraza y un baño espectacular, así que comencé a colocar mis cosas en una parte del armario. Rápidamente sentí a Bruno tras de mí, rodeándome por la barriga. Me echó el pelo hacia un lado y empezó a besarme el cuello.

Quitó mi pareo de mis caderas y comenzó a bajar mi bañador. Yo me limité a soltar el aire despacito y me dejé llevar...

El armario tenía unos grandes cristales que me dejaban verlo a él y a mí. Yo, con las dos manos apoyadas en ellos mientras él recorría mi espalda, levantaba mis caderas... Me embestía cual macho deseoso de su hembra. Podía ver la cara de ambos en los cristales. Me miraba a través de ellos con cara de deseo, de estar disfrutando ahí dentro mientras se movía sigilosamente, aumentando por momentos mis ganas.

Al terminar, me agarró y me llevó al baño. Metidos ya en la ducha, comenzó a jugar con mi cuerpo hasta llevarme a un brutal orgasmo, apoyándose en las paredes de aquel habitáculo en que el agua caía sobre mí directamente.

Nos echamos a dormir un rato y luego bajamos a la playa. Él estaba de lo más juguetón y cariñoso. Tras darnos un baño, salimos del agua a tomar unas cervezas en la orilla, sobre las hamacas allí dispuestas. Menos mal que mi neceser era hermético y de plástico, pues quisiera o no le caían algunas gotas de agua. Fuera como fuese, aquello era la caña, un lugar perfecto aunque con el hombre equivocado, pero que alegraba mi día, eso era lo que sentía junto a Bruno.

Me tumbé a relajarme un poco después de ponernos factor cincuenta para no quemarnos. El sol achicharraba y debíamos tener cuidado, aunque su piel estaba más que acostumbrada a soportar ese sol radiante constantemente, y es que en ese lugar siempre reinaba el mismo clima caluroso.

Feliz pero muy rayada, así estaba una a su lado. Disfrutaba de lo que representaba y me hacía sentir, pero me apartaba en cierto modo ese lado oscuro de su vida, por lo que mi cabeza no paraba de dar vueltas y no se terminaba de relajar. Eso sí, a mi amiga parecía darle igual ocho que ochenta, en vista de lo rápido que me echó de la habitación. Solo pensaba en el sexo, bueno, yo también, para qué mentirnos, pero que la información y lo que habíamos descubierto me afectaban un tanto.

Después de un rato en la tumbona nos fuimos a la piscina a tomar algo. Aquella barra rodeada de agua que tenían esos resorts era la bomba. Yo las había visto en infinidad de fotos de viajes de conocidos y de documentales, pero sentirlo en primera persona era una gozada.

—Te noto ausente... Puso su mano en mi pierna. La otra la tenía apoyada en la barra y jugueteaba con su cóctel.

—No, es que lo de la tía de Candela me ha dejado un poco tocada.

—¿Seguro que solo es eso?

Verás que al final este iba a ser narco y adivino, que me lo veía venir, el karma me la tenía jurada.

—Claro. ¿Qué más podría ser?

—No sé. ¿Te sientes feliz con que esté aquí?

—Por supuesto, no lo dudes— Acerqué mis morros para darle un besito y seguir fingiendo que todo estaba bien.

—Si tú lo dices, me quedo tranquilo — Me hizo un guiño con el que casi me derretí por completo, y es que eso me podía; sus gestos, su cuerpo, su mirada, su acento mexicano tras esa parte europea que tenía físicamente por los genes de su padre... lo tenía todo para ser mi hombre perfecto. Todo menos lo que ya sabemos...

A fingir se ha dicho, y eso hice. Me pasé toda la tarde tonteando con él, haciendo como si nada pasara y obviando aquello que mi amiga y yo habíamos descubierto.

Lino y ella aparecieron por la piscina.

—Me he puesto púa de sexo — murmuró a mi oído mientras Lino pedía lo mismo para ellos al camarero.

—Calla, ya se te quitó la cara de polvorienta por lo de tu tía — sonreí con malicia negando.

—Mientras lo hacía, ni me acordé de eso — me hizo un guiño y se echó la lengua hacia un lado.

Lino pidió cuatro chupitos y brindamos por nosotros, por habernos conocido y por los días que nos quedaban por pasar juntos.

—Tiene su morbo ser la amante de dos narcos — murmuró de nuevo en mi oído. La eché hacia atrás, riendo con tantas fuerzas que se cayó al agua.

—Serás... — Agarró mi mano y me tiró allá con ella.

Los chicos nos miraban de forma reprobatoria por estar mojando una barra que el camarero iba secando a golpe de paño, pero es que mi amiga se las buscaba. Me decía cada cosa que era para ahogarla, y es que tenía cada ocurrencia cuando su imaginación volaba que no había milagro que la parase.

Miré la marca de mi bañador sobre mi piel. Me había achicharrado, así también disimulé un poco para frenar la que estábamos liando.

Venga a caer cervezas, chupitos, cócteles... Nosotros, por rebujar, que no faltara. Algo me decía que cuando llegara a la habitación no podría ni salir a cenar de la que llevaría encima, pero bueno, estaba disfrutando y eso era lo único que importaba; vivir cada momento con la intensidad merecida, y es que para eso ambas compartíamos el modo de pensar, aunque ella estaba más loca, todo hay que decirlo.

Al cabo de tres horas en la piscina nos fuimos a las habitaciones para ducharnos. Cómo no, me dio otro momento sexual, ya que la tensión entre nosotros era palpable.

No habíamos quedado en nada con aquellos dos, por lo que me arreglé para ir a cenar a la playa a solas con Bruno.

CAPÍTULO 19

El lugar por la noche era una digno de una postal, entre antorchas, la luz de la luna que ese día

estaba llena y brillante, la música latina, la gente arreglada y distribuida por el hotel... Aquello era lo más parecido al paraíso nocturno que yo pudiera imaginar.

La compañía de Bruno era inmejorable a simple vista. Siempre conseguía sacarme alguna que otra sonrisa de verdad, pero luego me venía a la mente su otro oficio y... como que me afectaba demasiado.

No podía ni valorar el que se hubieran cogido unos días para venirse con nosotras, ni que se hubieran gastado un dinero por estar alojados allí, pues si eran narcos, forrados estaban. En caso contrario, sí que le hubiera dado el valor que tenía la cosa, pero intentaba disfrutar de su compañía que, pese a todo, para mí era de lo más agradable.

—¿Crees en el amor a primera vista? — preguntó cuando nos sirvieron el vino.

—¿Qué es el amor a primera vista para ti?

—Pues por ejemplo lo que tuvimos nosotros...

—¿Crees que fue eso lo que tuvimos?

—Yo lo tengo claro — Arqueó su ceja, quedándosele un rostro de lo más sensual.

—Creo que cuando nos conocimos hubo una atracción al instante, pero no sé si llamarlo amor a primera vista.

—Es amor a primera vista. Yo a tu lado me siento feliz, con energía, con buenos pensamientos — Menos mal, pensé. Estaría bueno que estuviera haciéndolo conmigo y con la cabeza en esa doble

vida.

—Puede ser. A mí me pasa lo mismo — sonreí intentando no dejar ver ni un ápice de esos pensamientos que me cruzaban la mente.

Bruno era romántico, se notaba a leguas. Además, tenía esa parte divertida con un humor de lo más parecido al nuestro, pero eso sí, era mucho más educado y correcto, no tan alocado como nosotras.

La noche era perfecta, su compañía especial. Lo tenía todo para hacer que cualquier mujer cayera rendida ante él.

Su pierna jugueteaba con la mía por debajo de la mesa, cosa que a mí me ponía de lo más nerviosa, pero reconozco que me gustaba su juego y su forma de mantenerme con esa tensión sexual que me provocaba más y más por momentos.

Después de una cena de lo más subidita de tono, nos fuimos al chiringuito a tomar algo mientras escuchábamos canciones de Gente de Zona.

Candela apareció con Lino. Venían achispados, y es que yo conocía a mi amiga hasta en la distancia. Bien sabía yo que venía directamente a buscarme la lengua y lo que no era la lengua.

—Lino y yo nos vamos a casar — murmuró en mi oído cuando se acercó a besar mi mejilla.

—Pues te esperas a que yo abandone el país — Sonreí con ironía.

—No, Bruno y tú vais a ser los testigos.

—¿Yo? Anda y que te den — Reí.

—No puedes abandonar a tu mejor amiga a la suerte...

—A la suerte no, a la locura total de tu vida que arruinará tu futuro.

—La mujer del narco. ¿A que suena bien?

—No bebas más — Aparté mi copa porque no dejaba de darle tragos.

—¡Quita, coño! — La volvió a coger —, que estoy disfrutando de mi despedida de soltera.

—Como hagas una tontería, informo a tu familia de todo, Avisada quedas.

—Pues, de paso, llama a la tuya, que tú vas por el mismo camino.

—¿Yo? Yo, cuando acabe estas merecidas vacaciones, cojo las cosas y no miro atrás.

—Ya lo veremos — Rio con alevosía y se giró al ver a los chicos pegarse a nosotras, y es que, a mi amiga, cuando bebía, no se le ocurría nada bueno.

Observé cómo iba de un lado hacia otro bailando. Vamos, era el alma de la fiesta. En cuanto a los chicos, no paraban de sonreír viendo cómo se divertía a su puta bola, y eso a mí ya no me hacía ni pizca de gracia. ¿Boda? Antes la mataba y la metía en una caja de madera de vuelta a España, qué

casarse ni casarse...

—Camarero, ¡cuatro tequilas! — gritaba acercándose a la barra, mientras yo resoplaba cerrando los ojos.

—Déjala, de aquí la llevo en hombros a la habitación a dormir — me decía Lino muerto de risa.

—Está claro, quien no la va a llevar soy yo — sonreí negando.

—Ni falta que me hace, para eso tengo a mi futuro marido — gritó convencida a pleno pulmón.

—Sí, ya, tu futuro marido — le dije sonriendo, pero con ganas de matarla.

—Me va a comprar un yate y un helicóptero — contestó sacándome la lengua.

—Me lo creo, me lo creo — respondí con maldad. Me estaba poniendo mala de los nervios.

—¡Envidiosa!

—Claro que sí, guapi — Le seguí el rollo por no darle dos collejas y mandarla a la tumbona a descansar.

—Pues te digo una cosa, dos como estos no encontramos más.

—Eso lo sé yo — con eso ya me tuve que echar a reír.

—Pues eso, que te quites la cara de amargada y disfrutes de que hayamos encontrado el amor.

—¡Amén! — exclamé por no mandarla a la mierda.

—Amemos, mejor amemos — dijo Bruno echándome la mano por el hombro y besando mi frente.

Así era mi amiga, así de loca, de liante y capaz de soltar las insinuaciones con dobleces para que yo las pillara y me pusiera nerviosa. Pero bueno, como la conocía, pasaba de ella. Le contestaba lo que me salía de las narices y rezaba para que se callara su puñetera boca, esa que no cerraba ni aunque le amenazara con la mirada.

Nos fuimos de allí llevándola del brazo. Se quería parar con todos los turistas y darles un abrazo, por lo cual la tuvimos que dirigir hasta la habitación. La dejamos dentro con Lino y nosotros nos fuimos para la nuestra. La noche había sido bien larga y mi amiga nos la había dado mortal, lo que sí debía reconocer es que nos habíamos reído tela con ella, que, aunque se pasara mucho, graciosa era una barbaridad.

Terminé la noche haciéndolo con Bruno, como no podía de ser de otra manera ya que, si algo teníamos en común, eran esos deseos que aparecían constantemente entre nosotros y por los que nos dejábamos llevar.

Me quedé dormida en un pis pas. Tantas emociones y tantas cosas vividas me estaban dejando de lo más floja, sin energías. La verdad es que, aunque no quisiera saber la realidad, la tenía en el subconsciente y eso me desgastaba.

CAPÍTULO 20

La puerta nos la iban a tirar abajo. Por la voz, estaba claro que era Candela, así que Bruno se levantó y le abrió.

—Niña, pero qué haces ahí tirada aún — me dijo mientras trataba de quitarme una sábana de la cual yo tiraba por estar en bolas.

Al final, me levanté como Dios me trajo al mundo ante la risa de Bruno y me metí con él en el baño. Nos cambiamos. Cuando salimos, ya estaba Lino también por allí, pidiéndole que lo acompañara a la Playa del Carmen para hacer una gestión.

Eso me sonó a trapicheo, pero sonreí como si nada pasara. Salimos todos de allí y nos despedimos en la terraza donde Candela y yo íbamos a desayunar.

—A mí esto me mosquea mucho — dije cuando vi que ya se habían alejado lo suficiente como para no escucharnos.

—Esta mañana lo escuché hablar por teléfono otra vez. Pensaba que yo dormía y se fue de nuevo a la terraza. Decía algo de que enseguida iban a ir a llevar el dinero a no sé dónde...

—Joder, me estoy cagando con todo esto.

—Ya te digo, pero bueno, nosotras en el hotel estamos a salvo, no hay de qué preocuparse.

—Pues yo me preocupo, qué quieres que te diga...

—Son buenas personas. Otra cosa es que jueguen sucio.

—Juegan a jugársela y yo no nací para eso.

—Nadie te pidió que seas como ellos...

—No, pero tampoco me tomo las cosas tan a la ligera como tú.

—Bueno, no empecemos...

—Ayer te querías casar.

—Y hoy quiero sexo sin compromiso, si ya me conoces, ¿para qué me haces caso?

—No, no te lo hice, pero cuando te pones pesada...

—Pues como cuando te pones tú — me dijo, untando el pan como ofendida.

—Yo no me pongo como tú ni de broma, así que no me cuelgues tu San Benito.

—Pues te digo una cosa, Lola, lo mismo que me como yo en la habitación es lo que te comes tú en la tuya.

—Vale, ¿podemos desayunar en paz?

—Ya sabes que estoy en contra de la guerra.

—Joder, qué cansina eres, Candela, que no te callas ni una.

—Nací para hablar libremente, no para que me cierren la boca.

—De acuerdo, pero déjame desayunar tranquila, que ya empiezo la mañana estresada por tu culpa. Entre el despertar, lo que oíste y la salida de estos estoy de los nervios.

—Tú te pones de los nervios muy rápido.

—¿¡Te vas a callar!?

—Vale, vale — se rio mientras hacía un gesto de por fin haberlo entendido.

Desayunamos en un relativo silencio. Cuando le daba por replicarme sin parar me ponía histérica, así que agradecí un poco ese momento relax para la mente. Aquello me tenía como en una rueda, todo me llevaba al mismo sitio, a comerme el coco por estar con un tipo de semejante calaña. Si me hubiera enterado anteriormente de algo semejante sobre otra persona, pensaría que yo era igual de sinvergüenza al estar a su lado, aunque fuera por unos días, pero está visto que no se puede escupir para arriba, ya que, como veis, estaba metida en ese fregado.

De allí nos fuimos a la piscina a refrescarnos en el agua y a tomar un cóctel sin alcohol. No permití que Candela comenzara muy temprano a beber, pensando que a mediodía ya no habría humano que la aguantara, de manera que la frené como pude, la amenacé de mil formas y al final aceptó a esperar a que vinieran los chicos. Eso si es que venían, pues lo mismo les detenían y no volvíamos a saber nada más de ellos. Todo era posible, dadas las circunstancias.

Me encantaba escuchar la música y ver el ambientazo del hotel; cientos de turistas disfrutando de sus vacaciones en el Caribe y, cómo no, muchas familias que se habían dejado la vida ahorrando para poder experimentar semejante tipo de viaje.

Holbox era diferente, nada de todo incluido, todo más natural y salvaje. Tenía tal encanto que te envolvía a primera vista. Era una isla para vivirla a tope, una buena época de tu vida, el relax y la maravillosa calma que allí se respiraba no estaba pagado con todo el oro del mundo.

Los chicos llegaron justo antes de comer. Venían con una sonrisa muy amplia. Seguro que aquellos negocios oscuros les habían salido de lujo, pero...bah, allá penas. Ya eran mayorcitos. Y nosotras, a fin de cuentas, en unos días no tendríamos nada que ver ellos, aunque reconozco que me daba rabia ver que dos buenas personas estaban tirando sus vidas por la borda.

Durante la comida, Bruno me dejó caer que tenía un planazo para esa noche. Por mi parte, ya le avisé de que del hotel no saldría, eso que le quedara bien claro, pero me dijo que no haría falta.

Candela se pasó todo el almuerzo buscándome la lengua. Yo le contestaba con segundas y con una sonrisa de oreja a oreja, total, en un rato la perdería de vista, a partir de ahí, que la aguantase Lino, porque ese día yo no estaba para aguantarme ni siquiera a mí misma.

Al terminar, nos fuimos a refrescarnos los cuatro a la playa y, de paso, a tomar un cóctel. Luego nos despedimos para ir a descansar un rato. Parecía ser que los chicos nos tenían preparada una sorpresa de cara a la noche, conque era hora de relajarse para estar bien llegado el momento.

Aunque dudaba que tal sorpresa ni ninguna otra pudieran superar al impacto que me causó el descubrir de dónde provenía su fuente principal de ingresos, una cuestión que, por mucho que lo intentara, no se apartaba ni un minuto de mi cabeza.

CAPÍTULO 21

Me desperté y Bruno me observaba sonriente, me pegué a él y besé su cuello... Aquello fue suficiente para que nuestros cuerpos volvieran a reaccionar con tal intensidad que nos pareciera estar hechos el uno para el otro, ¡qué lástima de pensamientos!

Una vez dimos rienda suelta a nuestros deseos, nos levantamos y nos arreglamos. Salimos a cenar a una terraza muy exclusiva y bajo petición, en la parte alta del restaurante de la playa, donde únicamente había cinco mesas y bien separadas. El entorno era de cuento, meticulosamente cuidado y transmitía una sensación muy bonita. Desde allí parecía verse todo desde otra perspectiva y, para colmo, la luna brillando sobre el mar, más idílico imposible.

Bruno estaba muy locuaz y no dejaba de jugar con su copa, cuando de repente soltó un bombazo que casi me hace ahogarme.

—Mañana nos vamos a ir los cuatro a un lugar que os va a encantar...

—No, yo no salgo de aquí — reí nerviosa —, este sitio merece la pena ser disfrutado y no quiero perder ni un momento en el exterior.

En ese instante y, para más inri, sacó una cajita de Swarovski y la colocó sobre la mesa sin perder la sonrisa, abierta mirando hacia mí y con una sortija de esas que quitan el hipo. Claro, con el dinero que debía de ganar con su “segunda actividad...”

—No, no te estoy pidiendo matrimonio, no te asustes, pero quiero contigo un compromiso por el que ambos luchemos. En otras palabras, lo que te estoy diciendo es que juntos busquemos una solución a lo nuestro que nos permita reencontrarnos.

Si claro, con un narco me iba a volver a reencontrar yo... ¡Un mojón!

—Bueno, el tiempo lo dirá, no sé qué decir, mi vida está allí, en mi hogar, junto a mi familia, sé que lo entenderás. Es un cambio enorme, una nueva vida, da vértigo...

—Y no quieres vivir con el miedo de tener una relación con un narco ¿verdad?

Escupí el vino que tenía en la boca, directo a él, a la sortija y a toda la mesa, pero es que el susto había sido descomunal. ¿Sabía que lo sabíamos?

Soltó una carcajada mirándose la camiseta y negando... a mí no se me ocurrió otra cosa que coger el cuchillo, que para eso soy muy ligerita yo.

—Si me haces algo te mato y voy a gritar, que lo sepas.

—Baja eso anda — reía.

—No, no lo voy a bajar y ahora vas a la habitación, sacas mis pertenencias y me la llevas a recepción — dije con seguridad por si me pretendía hacer algún daño.

—¿Dónde vas con ese cuchillo? — preguntó Candela apareciendo con Lino por sorpresa y sentándose con nosotros.

—No, no te sientes, saben que conocemos su secreto y ya no me fio un pelo de que intenten hacernos algún mal.

—Anda bajo eso — dijo Lino riendo —, Candela te tiene que contar algo.

—No, ella se va a venir conmigo y vosotros dos lo único que tenéis que hacer es alejaros lo suficiente como para que podamos respirar tranquilas.

—Lola, déjame hablar, por favor. Te interesa lo que tengo que decirte, créeme.

—Candela, te callas — le advertí enfadada.

—No, te callas tú y me escuchas. — Me quitó el cuchillo de la mano y me rellenó la copa.

—No quiero estar aquí con ellos y menos ahora.

—Escúchame, tengo la culpa de todo. — Apretó los dientes.

—No te entiendo...

—Sabes que mi ilusión era alojarme en uno de estos lujosos resorts, pero tú no querías, así que tenía que aguantarme. El caso es que Lino me comentó que deseaba pasar unos días con su hermano y nosotras aquí en Playa del Carmen y coincidimos en la idea de que fuera en un hotel de este tipo. Por eso urdimos un plan entre los dos e hicimos participe a Bruno.

—No entiendo nada. — Solté el aire para que se explicara mejor.

—Lo que te conté de que había escuchado una llamada era mentira y lo de su local y lo que supuestamente les llevaron, también. Compréndeme, era la única manera de conseguir sacarte de Holbox. Únele a eso que yo fui quien les di los pasaportes y les dije a posteriori el nombre del hotel en el que nos alojábamos... No son narcos, son dos trabajadores con dos pares de cojones. Ten presente que su padre, gracias a los negocios de exportación de vinos con Europa, les dio muy buena calidad de vida; ellos nos regalaron esta estancia y todo fue una broma...

¿Qué hice? Coger mi copa de vino y verter su contenido en la cabeza de Candela... y que se quejara si tuviera narices.

—¡No! —exclamó Bruno poniéndose las manos en la boca.

—No es nada para lo que ella me hizo, no es justo, os habéis reído de mí todos, lo he pasado mal, no me hace ninguna gracia.

—Bueno, tírame otra copa y estamos en paz — dijo mi amiga mirándose empapada en vino.

Un camarero que vio la escena acudió veloz con toallas húmedas al percatarse de que Candela estaba hecha un cristo. Yo la miraba incrédula, resoplando, enfadada y con rabia, aunque reconozco que tenía ganas de reír de los nervios y al final terminé soltando una carcajada que provocó el mismo efecto en todos, pero es que era matarla... ¿Cómo se le podía haber ocurrido algo así a la muy...?

Una vez digerido el susto, la cena transcurrió entre risas, aunque yo no dejaba de negar y soltar el aire... ¡Cómo me la habían metido doblada! Y yo viviendo todo aquello como si fuera la protagonista de una película de suspense en la que podía ser descuartizada y tirada por un

barranco, desapareciendo de por vida. En fin, ten amigas para eso...

Miré a la caja y saqué el anillo, me lo coloqué en el dedo y enlacé mi mirada con la de Bruno.

—Ya que me habéis unos días agónicos, al menos me llevo la sortija, algo bueno tengo que sacar de todo esto — dije en alto como si estuviera hablando conmigo misma y causando una risa en todos.

—Entonces mañana nos vamos por ahí con los chicos, estoy de hotel hasta el higo—comentó mi amiga.

—Candela, tu calla hasta mañana, por tu bien y por el de todos no abras la boca, advertida quedas.

Risas renovadas acompañaron unos exquisitos postres, tras los cuales nos fuimos cada uno a nuestras habitaciones. Lo hicimos así, en primer lugar, porque Candela estaba para meterla en la lavadora a causa del vino derramado y, en segundo lugar, porque al día siguiente nos marchábamos con Bruno y Lino a disfrutar de esas tierras caribeñas que tenían tanto por ofrecer.

Una vez que nos acostamos, Bruno me abrazó. En esta ocasión no había sexo, sino ternura... La misma ternura con la que pronunció sus últimas palabras después de apagar la luz.

—Soy humano, cometo errores, pero soy una persona humilde, de principios y que condeno enérgicamente esa vil forma de ganarse la vida...

CAPÍTULO 22

Desperté justo con la sonrisa que me faltaba los últimos días, me tiré encima de Bruno y me lo comí a besos...

Necesitaba volver a mirar sus ojos y encontrar esa nobleza que conocí el día que nos cruzamos por primera vez y que había echado en falta desde que hui de Holbox como una puñetera loca, creyendo la película que se había montado la tarada de mi amiga. Pero esta me la iba a pagar, bueno que si me la pagaba...

Hicimos el amor entre risas, con las miradas sanas de quienes nada se ocultan y con esa magia que habíamos recobrado de golpe.

Salimos a la terraza a desayunar con Candela y Lino, que nos recibieron con la mejor de sus sonrisas; sobre todo ella, anda que no tenía guasa la jodida...

Sus miraditas eran constantes, pero sin abrir la boca, que eso ya lo hacía yo soltándole indirectas muy directas, pero de muy buen rollo.

De allí salimos al coche de los chicos que estaba situado en el aparcamiento del complejo, nos

montamos en él y pusimos rumbo a otro de esos lugares que había que descubrir sí o sí.

No esperaba ni en broma el día tan bonito que estaba por pasar, pero el comienzo fue de lo más espectacular, ya que nos llevaron a una playa solitaria, en la que apenas había un puñado de personas. Contaba con un restaurante que era una cucada, de madera y sito en esa cala que se formaba en aquel lugar lleno de hamacas colgantes de hilo blanco y columpios, en la arena... De lo más ecológico, un rincón de esos a los que el turista no suele llegar, un entorno que te deja impactada.

A un lado había unas casetas de madera con artesanía que hacían ellos mismos y que era una monería, como todo lo que había en México... Tan colorido y vivo, el país de los contrastes.

Nos sentamos en una mesa de picnic grande, con sus banquetas largas a los lados, dentro de una carpa de madera en abierto.

Nos trajeron unas cervezas y un plato de nachos con piquillo además de guacamole y frijoles. Me volvían loca, me encantaban.

Sentí una paz increíble, a lo que contribuyó que ya no tuviera miedo de nada; el lugar, la compañía y ese mar que era un cristal desde donde se podía ver a lo lejos los peces nadando a sus anchas, un festival para los ojos...

Me levanté a darme un chapuzón, sin compañía, me apetecía ese momento a solas con aquello que había ante mí. Me quedé observando a los pececillos jugueteando con mis pies, algunos haciéndome un masaje en la parte de los talones y eliminado los trocitos de piel sobrantes; una sensación muy gratificante.

Tras unos minutos así comencé a hacer snorkel, observando el fondo marino. Se trataba de una sensación tan diferente a cuanto conocía que me dejaba perpleja y relajada, respirando por ese

tubo y flotando ante aquellas vistas que parecían de una película en 3D.

Fue un momento mágico, sin dudas, pues quedé fascinada por todas las especies de peces que había; en tonos rosas, azules, verdes, blancos, negros, naranjas y violetas, sencillamente maravillosos. Además vi alguna que otra estrella de mar y mucho coral, bancos de corales rodeados de tanta vida que daba pena hasta rozarlo. Lógico que era un entorno para cuidarlo, para mimarlo y para que todos pudiéramos disfrutar de ver aquella maravilla de la naturaleza.

Salí casi cuarenta minutos después, tan relajada que solo me salía una sonrisa de esas tontas y era toda paz y amor, qué sensación tan bonita...

Almorzamos allí una mezcla de pescados fritos deliciosos, además de dos langostas que compartimos para los cuatro; un nuevo espectáculo, en este caso culinario.

Otra delicia fue la hamaca en la que nos tumbamos a descansar, en mi caso sobre el hombro de Lino, con la brisa que corría en ese momento y que resultaba de lo más placentera...

Pensé que era el día más especial que había vivido en la Riviera Maya hasta el momento, aunque había habido muchos otros, casi todos, que fueron fantásticos... Pero este, este me hizo sentir lo que nunca había sentido y que estaba descubriendo allí. Como escenario, el contacto directo con la vida marina, el magnífico enclave de la cala y la decoración del restaurante, de la zona de hamacas, de las tiendas y del conjunto en general...

Pasamos allí todo el día, inclusive cenamos... Finalmente partimos hacia el hotel, donde nos tomamos una copa antes de marcharnos a dormir... Y es que el día había sido largo, precioso pero largo, así que una última copa y hasta el día siguiente.

—Entonces mañana ¿hacemos algo? — preguntó Candela esperando que nos dieran otra sorpresa, como si no la conociera.

—Claro, mañana nos vamos a otro lugar, este sitio tiene muchas cosas sorprendentes todavía por mostraros.

—Pues a mí lo de hoy me sorprendió y mucho—repuse.

—Pues no te imaginas lo que será mañana — respondió Lino mirándonos ante la sonrisa de Bruno que lo escuchaba.

Ya tenía yo ganas de que amaneciera y eso que no me había acostado, pero deseaba seguir descubriendo la Riviera Maya, un lugar que enamora desde que lo pisas.

Nos fuimos a la habitación y le intenté sacar a Bruno el destino del día siguiente, pero era de coco duro y no soltó prenda. Bueno sí, las mías, porque no tardó en desnudarme y regalarme el placer de sus besos recorriendo mi cuerpo y erizando cada uno de los poros de mi piel.

Después de hacerlo me eché sobre él y lo abracé bien fuerte, quería que lo sintiera; sentí la necesidad de transmitirle con ese gesto mi agradecimiento por haberme hecho pasar unos maravillosos días... En cualquier caso, no se habían acabado; quedaban tres y quería aprovecharlos hasta el último momento a su lado.

CAPÍTULO 23

Miré el anillo nada más levantarme, sonreí pensando en todo lo sucedido, en tanto que escuchaba a Bruno en el baño duchándose.

Seguí sonriendo y recordando lo vivido esos días por culpa de la graciosa de mi amiga. Esa me las iba a pagar toda la vida, pero reconozco que también me iba a reír de eso toda la vida; una anécdota más para contar a mis nietos.

Bruno salió sonriendo y se agachó a besarme, le tiré de la toalla que rodeaba sus caderas y lo dejé

desnudo ante mí.

Se mordisqueó el labio mirándome con sensualidad. Agarré su mano para atraerlo hacia mí. No le iba a permitir que se vistiera. Necesitaba sentirlo antes de marchar a pasar el día por ahí.

Y lo hicimos, vaya si lo hicimos. Cómo me elevó a lo más alto mientras se deleitaba con esa mi zona que se hinchó hasta explotar. Me encantaba cómo me manejaba, cómo me lo hacía, cómo se le notaba que me deseaba... eso me hacía sentir única y especial.

Me duché e hice que volviera a ducharse conmigo. Es lo que tenía el no querer separarme ni un momento de su lado; quería aprovechar hasta el último minuto.

Fuimos a dar el encuentro a los chicos, que tardaron en llegar por lo menos diez minutos, pero nosotros aprovechamos para tomarnos un café relajadamente.

Bruno estaba cariñoso, feliz. Emitía una paz de esas que calman el alma. A mí me parecía un ángel caído del cielo, y pensar que lo tomé por narco...

Candela llegó que parecía que se iba a la feria, con un vestido corto de lunares blanco y negro, de tirantes, pegado al cuerpo, con un buen escote, calzando unas sandalias altas de esparto atadas al tobillo y con una cola caballo que por poco se la recoge en la frente. Qué exagerada era, pero estaba monísima. Es que mi niña valía millones para todo, hasta para joder, si no, que me lo digan a mí, que me iba a acordar de esta toda mi vida.

—Lola, tengo la entrepierna escocida. Me he tenido que untar crema Nivea. Eso me pasa por tener los muslos rozándose. No puedo seguir comiendo — decía sentándose a modo trauma total, pero pellizcando un bollo que había en la mesa y metiéndoselo en la boca.

—Claro, no puedes, pero como tú haces lo que te sale del alma...

—No, mujer, es que ahora estoy depre y necesito ingerir, pero cuando se me pase y vuelva a España, me pongo a dieta.

—Ya conozco yo tus dietas — me reí.

Bruno y Lino sonreían escuchando, pero no se metían. Sabían que lo mejor era ser prudente si no querían cobrar también.

Desayunamos y nos montamos en el coche. Estaba loca por descubrir a dónde nos llevarían este día.

En el coche empezó a sonar el tema de Carlos Vives “Quiero casarme contigo”. Bruno comenzó a cantarla a la par, mientras conducía con una mano y con la otra acariciaba mi pierna.

—*Pero si te vas, qué voy a hacer* — me cantaba —. *Quiero casarme contigo...*

Me moría escuchándolo cantar esa canción. Se me caían el alma y todos mis órganos al suelo.

—*Y es que por tu amor volví a nacer* — cantaba, causando de todo en mí. —*Pero si te vas, qué voy a hacer...*

En cuanto terminó, comenzó a sonar la de “Cuando nos volvamos a encontrar”. Parecía que todo estaba preparado.

—*Cuando nos volvamos a encontrar, no dejaré de contemplar la madrugada* — cantaba. Yo solo tenía ganas de llorar de tristeza, a sabiendas de que cada vez quedaba menos para separarnos para siempre.

Llegamos a un sitio espectacular, una playa virgen de Tulum donde había un hotel ecológico frente al mar con seis cabañas en árboles y un restaurante de madera en alto, con una terraza preciosa y con columpios de madera por los alrededores de la barra. Se me cayó el alma a los pies al ver semejante lugar. Encima, nos estaban entregando la llave de una cabaña a cada pareja.

Miré a Candela sin entender nada y ella se encogió de hombros.

—¿Habéis alquilado una cabaña? — pregunté alucinando mientras lo seguía hacia lo alto del árbol por esas escaleras de madera, con mi amiga y Lino subiendo por la de al lado.

—Espero que te guste — Bruno abrió la puerta y se apartó para que yo pasara y...

—¡Qué pasada! — Me puse la mano en la boca.

Era un espacio diáfano donde únicamente el wáter estaba separado, con la cama mirando al mar y una terraza con una piscina alargada del ancho de la cabaña. Delante, un moderno sofá blanco pero muy acorde con el entorno, todo de madera de árbol. Sensacional...No daba crédito a esas vistas que teníamos a pocos metros del mar.

Abrió una botella de vino bien frío y sirvió dos copas. A continuación, nos metimos en la piscina a tomárnoslas, contemplando la belleza que teníamos ante nosotros. Definiría aquello como estar en armonía completamente.

Bruno me dijo que había metido en la mochila otro bañador mío y ropa interior, además de una camiseta, un pantalón corto y un vestido, para que me cambiara por la noche. Me eché a reír. ¡Qué previsor! ¡Y cómo le gustaba sorprender! La verdad es que hacían todo con mucho cariño.

Candela, también con una copa de vino en la mano, gritó desde su terraza. No nos podía ver porque cada cabaña estaba orientada estratégicamente para disfrutar de la más absoluta intimidad, pero nos comunicábamos a chillidos.

En resumen; que en dos horas nos veríamos para comer en el restaurante, el único existente en aquel lugar y que igual servía para comer, desayunar, tomar copas, cenar y de todo. De todas formas, siendo tan pocas las cabañas, allí se estaba de lujo. Era una preciosidad.

Nos quedamos en esa terraza entre la piscina y el sofá el resto de la mañana. Hasta lo hicimos ahí, ¡cómo no! El entorno invitaba a disfrutar a fondo de lo nuestro, y eso es lo que quería, disfrutarlo por completo.

CAPÍTULO 24

Candela, muerta de risa, me miraba mientras nos acercábamos a la mesa en la que nos esperaba con Lino para comer.

—No me digas que esto no es la caña — me dijo emocionada.

—Lo es. No dejan de sorprenderme estos hombres — reí.

—Bueno, eso es lo que queríamos — contestó Lino.

—Esa gente que me desea el mal, que lo siga haciendo, que la vida me cambia todo eso solo por cosas buenas. Que me deseen más mal — decía Candela bromeando y haciendo unos gestos con las manos que provocaban la risa en todos. Estaba como una cabra, pero era mi cabra.

—Mañana me agarraré al tronco del árbol y no habrá ser humano que me saque de aquí — dije, observando tanta belleza.

—Mañana nos iremos al hotel a hacer una despedida como Dios manda, a lo grande. Allí daremos lo mejor de nosotras.

—Candela, que te conozco... eso es beber todo el día.

—Mejor. Así, al día siguiente nos vamos destrozadas al avión y nos pasamos toda la vuelta durmiendo.

—Mirándolo de esa manera, pinta bien.

—Bueno, chicas — Bruno levantó su cerveza —, vamos a brindar por estos dos días completos que nos quedan por delante y que espero que lo disfrutemos a tope. Pero no será una despedida, será un hasta luego. Confío en que nos volveremos a encontrar.

—Dios te escuche — dijo Candela mientras todos chocábamos la cerveza a modo brindis.

Tras la comida, fuimos a dar un baño y a tomar un cóctel con ellos. Luego nos separamos para irnos a nuestras respectivas cabañas. La verdad es que eran tesoros de los que había que disfrutar hasta el último momento; hasta por la mañana, que sería cuando las dejáramos.

La tarde fue preciosa, llena de jugueteos, de abrazos... de instantes que te dejan sin aliento, como no podía ser menos, partiendo de Bruno, ese chico tan especial que me había regalado unos días inolvidables.

Me repitió mil veces que todos los astros se alinearían para que nosotros nos volviéramos a reencontrar en otro momento. No quería ni pensar que no nos volveríamos a ver. Estaba convencido de que el destino nos colocaría de nuevo en el mismo camino. Yo también lo deseaba con todo mi corazón, con todas mis fuerzas.

Esa noche nos quedamos a cenar en la cabaña, con velas, con dos botellas de vino que amenizaron la velada y con unas charlas regadas de coqueteos, de esas con las que te quedarías para la eternidad. Estábamos de lo más cómodos el uno con el otro.

Amor, mucho amor era lo que mediaba entre ambos. Al final iba a ser verdad que el amor a primera vista había surgido entre nosotros.

Y el amor fue lo que hicimos hasta caer rendidos por el desgaste, hasta que desperté con esos primeros rayos de sol que se reflejaban en mi cara.

Me miró sonriente y me abrazó. No tardó en comenzar a buscar lo que los dos deseábamos, y es que cualquier momento era bueno para repetir lo que tanto nos gustaba; sentirnos en total plenitud hasta agotar nuestras energías.

Bruno llamó por teléfono para que nos trajeran el desayuno. Teníamos que despedirnos de la cabaña como Dios mandaba. Eso sí, pidió para los cuatro.

Los chicos aparecieron por nuestra cabaña para desayunar. Casi mato a Candela, que desayunó dentro de la piscina con su café, bollos, zumos y tostadas sobre el borde, pero allí estaba ella más chula que un ocho.

No paraba de quejarse de que nos quedaban veinticuatro horas para irnos de ese país. Bueno, nos quedaba un poco más, ya que el avión salía por la tarde, pero vamos, que al día siguiente nos íbamos, a no ser que se produjera un milagro. E iba a ser que no.

Después del desayuno tiramos hacia el hotel. Una vez allí, nos cambiamos y bajamos a disfrutar de un día que pasamos a base de cócteles, chupitos, mar, piscina, tumbona y tristeza. Así estábamos; tristes, inclusive con ganas de llorar.

¿Sabéis lo que cuesta encontrar a una persona que tenga todo lo que deseas? Pues eso me pasó con Bruno. La había encontrado y ahora la vida nos iba a separar, no nos lo iba a poner fácil, no había opción alguna. Eso era lo que peor me hacía sentir.

Intenté en muchos momentos venirme arriba y animar a Candela, que estaba hecha un mar de lágrimas entre el alcohol y la pena que tenía encima. No dejaba de abrazarnos a unos y a otros, repitiendo constantemente que había sido la mejor experiencia de su vida, junto a las personas más maravillosas del mundo. Así de intensa estaba mi niña. Y yo, que estaba de lágrima fácil, ni que decir tiene, terminé rompiendo a llorar en más de una ocasión.

A los chicos también se les veía afectados. Nos habían cogido cariño. Se les notaba que les gustábamos y que se encontraban bien a nuestro lado, pero claro, nos íbamos a esfumar y no podían hacer nada por retenernos.

Debido a todo ello, fue más triste que un funeral inesperado, así lo describiría yo en un día en que nos dieron la una de la madrugada bebiendo y sin ganas siquiera de tirar para la habitación, sabiendo que todo se estaba acabando. Pero, lamentablemente, nos tuvimos que ir a dormir. Teníamos que experimentar la que iba a ser la última noche al lado de ellos. Y fue triste. Yo me abracé a él con las lágrimas asomándose a mis ojos y los dos rompimos a llorar en esa cama en la que no fuimos ya capaces de hacer el amor. Esa noche solo queríamos abrazarnos y besarnos... sin hablar, no hacía falta decir nada porque el silencio hablaba por sí solo, al igual que nuestras miradas.

Me costó la misma vida dormirme. No podía dejar de pensar, de comerme el coco. Me faltaba el aire, me faltaba todo. Empezaba a derrumbarse todo aquello que me había mantenido feliz y viva durante esos días. Qué sensación más fea sentía. Era horrible tener que admitir algo que tu corazón no quiere, algo que no deseas que se esfume de aquella manera...

CAPÍTULO 25

—Buenos días, princesa — murmuró Bruno mirándome a los ojos.

—Buenos días, narco —le contesté con voz triste, pero provocando su risa.

—No quiero verte así — Me abrazó.

—Pues no me mires — Le besé el hombro y a continuación, sin poderlo remediar, rompí a llorar como una niña pequeña.

Me eché a llorar porque el viaje había llegado prácticamente a su fin. Me eché a llorar porque ahí se quedaba el único hombre que me había conseguido enamorar de esa manera. Me eché a llorar porque era mucho lo que en el instante en que mis pies comenzaran a subir las escalerillas del avión desaparecería de mi horizonte. Me eché a llorar porque sabía que lo nuestro terminaría para siempre en muy pocas horas ya...

Justo ahí fue cuando experimenté el significado literal del nudo en la garganta y el corazón encogido, y es que la tristeza me oprimía el pecho de tal forma que por unos segundos incluso me falló la respiración. Creo que eso debe ser más o menos lo que se conoce como hiperventilar.

Lo hicimos en mitad de un océano de lágrimas a medias, porque conseguí con las mías reventar también las compuertas de sus lacrimales. El drama nos desgarraba el alma a los dos.

Con la angustia a las espaldas de quien va camino de un velatorio, fuimos preparando las maletas. Teníamos que dejar en breve aquel nidito de amor, aunque todavía podríamos seguir disfrutando de las instalaciones del hotel hasta la hora en que los chicos nos llevaran hacia el aeropuerto.

Dejamos el equipaje ya preparado sobre la cama y abandonamos aquellas cuatro paredes para desayunar con Bruno y Candela. Ella se tiró todo el tiempo sentada en su silla con una expresión de tristeza en el rostro que competía con la de esta que habla. Tampoco es que los dos hermanos tuviesen mejor careto. Vamos, que montábamos entre los cuatro un cuadro como para prenderle fuego y olvidarse de él.

Después del desayuno ya no hubo piscina ni playa ni nada que se le pareciera. Nos dimos la vuelta y aterrizamos nuevamente en la habitación para coger el equipaje. Justamente cuando íbamos a cruzar la puerta por última vez para salir de ella, no pude evitar girarme para echar una ojeada a aquel habitáculo de ensueño donde había pasado ratos tan... ¿felices? Creo que la palabra se queda corta, pero ahora tampoco se me viene a la cabeza otra que describa esos momentos perfectamente.

Abandonamos nuestro súper hotel, metimos nuestras cosas en el maletero del coche y enfilamos hacia la Quinta Avenida de Playa del Carmen, con intención de dar un paseo y comer más tarde por la zona. Serían los últimos coletazos de nuestras indescriptibles vacaciones, esas que habían superado con creces a las imaginadas en nuestra mente antes de emprenderlas. Desde allí partiríamos más tarde rumbo al aeropuerto.

—Tengo una pena horrorosa — me dijo Candela, echando una mano sobre mi hombro en mitad del paseo por la avenida.

—Y yo, chica. Maldito tiempo, que siempre tiene que pasar volando en las mejores oportunidades.

—Algo me dice que ellos son los amores de nuestras vidas, esos que siempre decíamos que aparecerían en cualquier momento.

—Es muy posible, pero vaya faena. Ya podían ser de España, o nosotras de aquí.

—Ya... — El silencio volvió a imperar entre nosotras al sentarnos en la mesa del restaurante que los chicos habían elegido para comer.

La hora del almuerzo estuvo amenizada por un grupo de mariachis que se iba acercando de mesa en mesa con sus canciones de amor y desamor. Eso fue la guinda del pastel, lo que me faltaba ya a mí para meterme de lleno en una de esas películas románticas con finales estremecedores. Total, que rompí a llorar otra vez y hasta el grupo se quedó alucinando sin entender qué pasaba, pero es que en ese punto me emocionaba todo, estaba sensible, llena de rabia y dolor. Se me truncaba toda la felicidad en ese momento en el que faltaba nada y menos para estar en el avión que me devolvería a mi vida cotidiana, esa que adoraba pero que ahora no sería tan, tan idílica por la ausencia de un pilar tan importante como ya era Bruno para mí.

Acabada la comida, ahora ya sí que sí nos dirigimos al aeropuerto, donde facturamos las maletas y nos tomamos un helado con ellos justo antes de embarcar.

Bruno no dejaba de hacerme caricias, gestos de cariño... la tristeza en su cara era el reflejo de la mía. Aquello nos dolía a todos, aquello nos dejaba con un vacío que iba a ser muy difícil rellenar.

Y llegó el momento en el que nos teníamos que despedir tras ese control policial que teníamos que pasar.

Nos abrazamos y rompimos a llorar. Nos miramos sin poder articular palabras. Nuestras miradas lo decían todo, y es que si esto hubiera pasado en otras condiciones no habría nada que pudiera impedir que estuviéramos juntos, pero así... así habíamos perdido todos. Sin duda, habíamos perdido.

Lo miré mientras cruzaba el cordón policial. Lloré desconsoladamente sin poderlo remediar hasta que me monté en el avión y miré por la ventanilla por última vez aquel lugar en el que se había quedado una parte de mí.

Candela agarró mi mano y se la llevó a su boca, la besó y noté cómo caían sus lágrimas; estaba como yo, rota de dolor, con una pena de esas que no hay manera de arrancar, de las que salen directas del alma.

Ahí terminaban esas merecidas vacaciones en la que no solo conocimos la isla, sino que conocimos a dos grandes hombres que habían enamorado nuestros días, que nos habían hecho sentir que todo es posible en México, inclusive el amor...

EPÍLOGO

Un año después...

—¡Enhorabuena, capullas, no podéis tener más suerte! —nuestra compañera María, que era de lo más sentimental, se echó a llorar en nuestro hombro.

—¿Y a esta qué le ha entrado? —me comentaba Candela, quien no era de lágrima fácil, por decirlo de alguna manera.

—Mujer, pues le ha entrado pena, ¿o es que no la ves? —me dirigí hacia María y le di un abracito.

—¿Pena? Pena me da a mí no poderme ir a Holbox con vosotras, que María está en lo cierto, pues tenéis más suerte que un quebrado—nos decía la que había sido nuestra jefa durante ese último año, Virginia.

—Sí, hay que reconocer que lo hemos hecho rematadamente bien—reíamos las dos entre dientes...

Un año llevábamos trabajando y ya habíamos demostrado nuestra valía, ¿eh? Que no todo iba a ser parranda. Desde que volvimos de nuestras merecidas vacaciones, Candela y yo nos afanamos en

convertirnos en buenas reporteras... e incluso en comerle la oreja a Virginia respecto a que le hacían falta dos buenas profesionales para cubrir la zona de Riviera Maya, que para eso había mucho famoseo por allí.

¿Y quién mejor para hacer esa labor que dos reporteras con ganas de comerse el mundo, que conocían la zona y que tenían allí a dos novios esperándolas con los brazos abiertos?

Sí, sí, como suena... dos novios, porque, desde que volvimos de Holbox, los chicos se volvieron con nosotras en la maleta... No literalmente claro, que a la vista está que los dejamos allí, pero sí en nuestras cabecitas...

Y es que, como las sevillanas que cantan Los Romeros de la Puebla, *“a veces, muchas veces, más de cuatro veces, todas las cosas no son lo que parecen...”*, pues lo que comenzó como un rollete vacacional, se había convertido en la pasión de nuestras vidas.

Poco después de instalarnos de nuevo en Sevilla, comprobamos que aquellos dos granujas rubios se habían quedado con parte de nuestros corazones. Y por aquello de que ignorar los dictados del corazón no es tarea fácil, ambas decidimos que era mejor no nadar contra corriente...

Hacia un mes Virginia nos había dado la noticia, colmándonos a los cuatro de dicha; nos íbamos a trabajar a Riviera Maya y podíamos instalar en Holbox nuestro cuartel general.

Quedaba la parte más importante, que no era moco de pavo; la de darles la noticia a nuestros padres y esa sí nos costó un poquitín más, para qué lo vamos a negar... No obstante, como siempre en la vida, los tuvimos de nuestra parte. Al fin y al cabo, por mucha penita que les diera que nos fuéramos lejos, todos comprendían que debíamos vivir allí donde estuviera nuestra felicidad... Y hoy por hoy, nuestra felicidad estaba al lado de aquellos dos rubios por los que suspirábamos, por mucho que nos hiciéramos las chulillas...

No obstante, a Holbox íbamos a llegar a cuatro patas, como aquello siguiera así, pues habíamos hecho unas migas extraordinarias durante aquel tiempo con todo nuestro equipo de trabajo, del que habíamos aprendido un montón, y del que María era la más sentida... Y le estábamos dando al *drinking* a tope, con la excusa de la despedida.

—Venga, tontita, en cuanto tengas vacaciones te vienes para allá y nos visitas, que vas a ver lo que es vivir en el paraíso en vivo y en directo—consolé a María.

—Sí, pues como se vaya ella, yo me vuelo allí también con vosotras—añadió Sonia, la fotógrafa.

—Hombre, pues como vayan estas dos, a mí no me dejan aquí ni amarrado, que lo sepáis—intervino Miguel, quien no sabíamos si tenía más pluma o gracia.

—A ti no te llevamos, que tienes más peligro que un mono en una central nuclear, *miarma*—le soltó Candela y se quedó tan campante.

—Eres mala de condición—le espetó él, cruzando los brazos.

—Que sí te llevamos también—le di un abracito a él también, ¿qué te has creído? Anda no seas tonto, si lo que tenéis que montar es una caravana y plantaros allí todos dentro de unos meses—les sugerí.

—Claro, tipo la caravana esa de mujeres que hicieron hace unos años aquí en algunos pueblos de España—decía Martina, otra de nuestras compañeras.

—De mujeres, pero conmigo, ¿eh guapita? Que yo también tengo derecho a ligar como estas dos, que vaya dos hermanos que se han agenciado, las hijas de su madre—suspiraba él mirando los fondos de nuestras pantallas de ordenador, en los que ambas teníamos imágenes de Holbox con

nuestros chicos en Las Hamacas.

—Pues nada, todo se puede organizar, yo apoyo la moción—dijo Virginia, que esa se apuntaba a una ronda de aspirinas.

—No, si verás tú que, por tu culpa, al final trasladan allí la oficina, y volvemos a tener jefa, ahora que vamos a estar en la gloria—murmuró Candela, que era más arisca que un puerco espín cuando le daba la gana.

Después de la fiestecita improvisada de despedida, tocaba recoger nuestras pertenencias, por lo que mi amiga y yo nos quedamos solas una vez todos nos dieron mil achuchones y nos desearon la mejor de las suertes en nuestra nueva vida.

—Mira, ¿no te parece esto de película americana? —me preguntó Candela cuando me vio cargar con las cajas, camino del pasillo.

—De película va a ser nuestra vida a partir de ahora—le sonreí.

—Sí que nos lo hemos montado bien, para qué vamos a decir otra cosa—miró atrás y comprendimos que estábamos cerrando un bonito capítulo de nuestras jóvenes existencias; el del comienzo de nuestra andadura profesional.

Atrás quedaban las primeras experiencias en un sector que cada día nos fascinaba más y al que deseábamos dedicarnos en cuerpo y alma... Bueno a él y a nuestros chicos que, consumidos por los nervios, nos esperaban locos de felicidad, con todo preparado para darnos la bienvenida que merecíamos, que para eso nosotras lo valíamos, ¿o no?

—¡Mamá, ya estoy aquí! —Le di con el pie a la puerta de la entrada porque iba cargada con las

cajas y comprobé que no había ni un alma en mi casa.

De lo más extrañada, así fue como me quedé. ¿La razón? Tan sencillo como que yo sabía que era la niña de los ojos de mis padres y me chocaba una barbaridad que en mi último día en casa no estuvieran.

A decir verdad, me sentí un poco decepcionada. Ellos siempre me apoyaban tanto que yo esperaba que me recibieran a bombo y platillo en esa ocasión y, de paso, que me obsequiaran con mi almuerzo favorito. ¿Sería acaso que en el fondo no aceptaran mi decisión de marcharme a Holbox y se sintieran decepcionados?

Con cara de cordero degollado, crucé el salón y fue entonces cuando casi hiperventilo por el ¡¡¡SORPRESA!!! ¿Sorpresa? Por Dios, casi echo el hígado por la boca... Yo no estaba para sustos, que en las últimas horas había vivido demasiadas emociones juntas...

Allí estaban mis padres, pero también mis abuelos, mis tíos, mis primos y no estaban mis profesores desde parvulario de milagro, porque detrás del sofá había gente para parar el tren...

—Pero ¿qué hacéis todos aquí? —les pregunté emocionada.

—¿Creías que no te íbamos a despedir? —me comentó mi abuelita Chelo, dándome un abrazo de los suyos y dejando resbalar una lagrimilla por su mejilla.

—Abueli, no te me pongas tonta, ¿eh? Que todavía te busco a un mexicano que esté de buen ver y te casamos allí—Chelo era mi abuela materna y estaba viuda.

—Ay, hija, para un casamiento estoy yo... y sobre todo para un revolcón—señaló su cintura como dándome a entender que ya tenía un nuevo ataque de lumbago.

—Por eso no lo digas, Chelo—salió mi abuela paterna, Puri, de detrás del sofá como una alcayata —, porque mira cómo estoy yo y aquí tienes a mi marido, que es un semental.

De casta le viene al galgo y yo el desparpajo lo había heredado de mis abuelas, que no conocían la prudencia, ni intención que tenían...

—Bueno abuela, y si no quieres casarte, porque te veas muy joven para el compromiso, te pongo a trabajar en el chiringuito de los chicos, ahora que han ampliado el negocio.

—¿Tú te imaginas, hija? Madre mía, los chavales se iban a acercar a la barra y saldrían pitando cuando vieran a un carcamal como yo—añadía ella, muerta de la risa.

—Sí, hombre, con semejante bellezón, hazte un selfi conmigo que se lo voy a enviar ahora mismo a Bruno, abuela; pero poniendo morritos, como yo te he enseñado. —Comenzamos a posar y mi abuela Puri que también se unió.

—Ains, hija, que te vamos a partir la pantalla, vaya dos patas para un banco que somos tus abuelas. A ver si asustamos al muchacho, con lo gracioso y simpático que es.

Mi familia había conocido a Bruno en Navidades, pues Lino y él nos visitaron en esas entrañables fechas, y las pasaron con nuestras respectivas familias.

—¿Qué dices, abuela? Si él siempre comenta que tengo las yayas más guapas del mundo.

—Un zalamero es lo que es ese chaval, que a mí no me gusta que se lleve a mi nieta tan lejos—refunfuñó mi abuelo Rafael levantando el bastón.

—¡Ay, mi abuelito! Pero si yo voy a venir siempre que pueda a veros, ya lo sabes. —Le di un beso en la mejilla.

—Claro, como que la isla esa está ahí al lado, en Carmona—repuso mi primo Benji, que a sus siete años sabía más que los ratones colorados.

—Bueno, pues también iréis vosotros, y tú el primero, enano. —Le hice cosquillas y desperté sus risas.

—¡Sí, yo quiero subirme en las hamacas esas tan chulas! —Se desternillaba.

—Pues nada, hamacas marchando para mi niño. —Lo adoraba pues Benjamín, que así se llamaba realmente mi primo, era justamente eso, el benjamín y el mimado de la familia.

Mi madre y mi padre comenzaron a abrazarme también como si no hubiera un mañana y las lágrimas amenazaban con aparecer, por lo que había que pasar de inmediato al “plan B”.

—¿Aquí no se come hoy? —le pregunté a mi madre haciéndole una carantoña en la cara.

—Nada, hoy ni te he preparado el bacalao con tomate ni nada; a pan y agua—contestó ella.

—¿Bacalao con tomate? ¡Te como esa cara! —Le di un besazo y volé a cambiarme de ropa, pues era mi plato preferido, de ahí que mi madre lo hubiera cocinado para la ocasión.

Mientras me iba vistiendo aproveché para echar una de las últimas visuales al dormitorio en el

que había pasado tantas horas de mi vida y en el que tantas noches de mi niñez, adolescencia y juventud me había acompañado también la petarda de Candela.

Salí y la mesa, más que un almuerzo, hacía pensar que allí se iba a celebrar un convite.

—Yo te he hecho el brazo de gitano ese que tanto te gusta de postre—me comentó mi abuela Chelo, que tenía una mano impresionante para la repostería.

—Y yo la limonada, mi niña—añadía mi abuela Puri.

En cuanto al abuelo Rafael, él no podía disimular lo que tenía encima, como decía, y la ofuscación hacía mella en su cara.

—No te preocupes, que se está volviendo un viejo cascarrabias—me comentó la abuela Puri y mis primos y yo nos echamos a reír.

Fue un almuerzo de esos que van también al baúl de los recuerdos más bonitos de tu vida porque, aunque es cierto que todos amanecen y oscurecen igual, los hay que te dejan un sabor de boca especial. Y ese era el caso. Mirando a mi alrededor comprendí que, como dicen las Azúcar Moreno “*yo soy una chica con suerte y estoy divina de la muerte...*”

—Tú estás segura de lo que vamos a hacer, ¿no? —me preguntaba Candela a la mañana siguiente con el billete de avión en la mano.

—Mira, a mí no me vengas con dudititas de última hora que te torteo la cara, vamos—le respondí, como un manojo de nervios.

Justo íbamos a embarcar y las dos estábamos con el baile de San Vito en las piernas, esa era la realidad. Las últimas horas habían sido de lo más emocionantes y el cansancio se apreciaba en nuestros rostros.

—No he podido pegar un ojo en toda la noche—le confesé.

—No empieces a victimizarte, ¿eh? Y a ver si te crees que yo he dormido a pierna suelta, vamos hombre... No me jodas—resopló.

—Todo cariño, como siempre, no sé cómo se me ocurre embarcarme en esta aventura contigo. —
Puse los brazos en jarra.

—Porque tú no puedes vivir sin que yo te dé caña y porque somos unas suertudas de libro con vidas paralelas, que hasta hemos ido a enamorarnos de dos hermanos mellizos que trabajan juntos para no poder separarnos más.

—Dicho así suena como una condena, pero si tú lo dices...—Reí.

Sentí un pellizco en el estómago al ponerme el cinturón de seguridad en mi asiento. Ya le había vuelto a dar coba a Candela con el asunto y de nuevo la ventanilla era mía, como la primera vez que fuimos a Holbox.

—Y estarás contenta, luego dirás que te apretujo contra el cristal, no tienes vergüenza—refunfuñó mientras le echaba una última miradita a su móvil y comprobaba los mensajes de Lino diciéndole que estaban los dos que se subían por las paredes de las ganas de vernos.

—Bruno no para de enviármelos igual, son un amor, eso desde luego—suspiré.

—Un amor sí, pero el polvazo que vamos a echar con ellos en cuanto los veamos va a tener menos de amor y más de salvaje, yo estoy criando telarañas, qué pena de mí, qué desaprovechadita he estado en los últimos meses—argumentaba ella.

—¿Me lo dices o me lo cuentas, zopenca? A ver si te crees que yo he tirado cohetes, que cuando pille por banda a Bruno, ese va a chillar, te lo digo yo.

Muy tranquila lo dije, pero lo que no sabía es que horas después la que iba a chillar iba a ser yo, bueno más bien nosotras, y de paso todo el resto de los viajeros; porque una tormenta de verano provocó unas turbulencias de campeonato.

—Ains, no puedo más, creo que voy a potar el café que me he tomado antes de embarcar—decía Candela, con el rostro pálido como la cera.

—¡De eso nada, tú te aguantas! Como me potes encima te la cargas—advertida quedas, que ya me la veía venir, no era la primera vez que me liaba una buena...

—Pero es que a mí se me meten los nervios en el estómago y no retengo—se quejaba ella, disculpándose.

—Nada de excusas y no me toques las narices, ¿eh? Que me estás poniendo muy calentita hoy. — Aunque calentita ya llevaba yo también meses, igual que mi amiga.

Un rato después las turbulencias se calmaron y al menos pudimos disfrutar de las magníficas vistas mientras soñábamos en alto.

—¿De qué te ríes, jodida, que te veo venir? —le pregunté viendo la carilla de traviesa que ponía.

—De lo pardilla que fuiste con la historia de los narcos, te la tragaste entera...

—Tú estás a tiempo de tragarte este entero y ya estaríamos iguales, ¿cómo lo ves? —le enseñé muy puño.

—¿Cómo lo voy a ver? No tienes sentido del humor ninguno, eres una sosa, con lo bien que nos lo pasamos—suspiró.

—¿Bien? Yo me veía cumpliendo condena, me dan ganas de cogerte por el cuello y apretar a ver cuánto aguantas sin respirar—la amenacé.

—Huy, qué carácter, tú estás pero que muy necesitada de sexo, que veo que tienes una acumulación de mala leche que no me parece nada sana—me comentó.

—No me seas anormal, cazurra. ¿Cómo no me va a entrar mala leche si hasta se me descompuso el vientre? No he pasado más miedo en mi vida, con eso te lo digo todo...

—Anda ya, tontuela, ¿qué sería la vida sin un poquito de emoción? Reconoce que fue una genialidad.

—Sí, claro, menudos genios que estáis los tres hechos, vaya cabezas pensantes... Lo que sí reconozco es que nos lo pasamos de vicio—suspiré recordando aquellos días tan intensos.

—¿Tú crees que hemos tomado una buena decisión? —me preguntó.

—No, yo creo que eso de irnos a vivir a un sitio tan horroroso y con unos tíos tan malajes y feos, que ni han demostrado que ni nos quieren ni nada, es todo un error...—ironicé.

—Tienes razón, mucha gente mataría por lo que nosotras vamos a vivir, y por estar con esos dos también, que vaya tela si tienen seguidoras...

—Sí, sí, a partir de ahora, nosotros a controlar los chiringuitos por la noche, que somos las dueñas, que conste en acta...

Y sí, hablábamos de los chiringuitos porque en ese tiempo, el buen hacer de los chicos y una pequeña herencia familiar que les tocó en suerte, provocó que hubieran ampliado el negocio y que hubieran inaugurado tres chiringuitos más estratégicamente ubicados por la zona. Claro que, para nosotras, el que más encanto tendría siempre era el genuino y original, en el que los habíamos conocido.

Decir que el vuelo se nos estaba haciendo largo, susto incluido, era quedarnos muy, muy cortas... Las horas no parecían pasar y dar una cabezadita se convirtió en una misión imposible.

Cuando por fin nos anunciaron que estábamos próximas a aterrizar, las dos nos cogimos de la mano como el primer día que entramos juntas en el colegio. Comprobar que, después de tantos años, seguíamos siendo las mismas, era el verdadero premio. Holbox nos esperaba y con ella una nueva e ilusionante vida que estábamos a punto de estrenar.

Al ver de lejos a los chicos, no sabíamos si las que llevaban ruedas eran nuestras maletas o éramos Candela y yo, protagonizando un reencuentro épico que también atesoraríamos para siempre.

—¡¡¡Preciosas!!! —chillaron y ambas nos pusimos las manos en la cara cuando vimos a los mariachis que venían con ellos y que empezaron a cantarnos mientras Bruno y Lino nos cogían por

los aires.

No en vano, se formó tal revuelo en el aeropuerto que otros viajeros comenzaron a grabarnos.

—Si se hace viral queremos derechos de autor—les decía Candela desde las alturas.

Respirar el aire de Holbox, después de aquel año sin poner los pies en la preciosa isla, nos pareció el mejor regalo que la vida nos podía hacer.

—¿Qué tal el vuelo? —me preguntaba Bruno, aunque yo no sabía ni cómo contestarle, porque de tantos besos como me estaba dando apenas me dejaba respirar.

—Estupendo, con decirte que ha habido unas turbulencias que casi le hacen potar—señalé a Candela mientras le sacaba la lengua.

—Cómo no me iba a criticar ella, qué mala lengua tiene...—frunció el ceño mientras seguía besando a Lino.

—¿Mala? Pero si esta niña lo tiene todo bueno—se reía Bruno.

—¿Todo bueno? Mira esta lo único que tiene bueno es el apetito, que se come una vaca rellena de pajaritos y de paso yo otra...

—Esa es la manera más fina que se le ha ocurrido de decir que tiene más hambre que el perro del afilador, si la conoceré yo...

Abrazados, sin poder soltarnos un minuto, nos fuimos para un restaurante donde los cuatro nos pusimos hasta los topes.

—Tú haces bien en comer, que esta te va a hacer echar una peonada cuando te coja—le guiñó el ojo Candela a Bruno.

—Pero ¿serás mal hablada? Y ella no, Candelita ha hecho voto de castidad antes de venir. —Le tiré con una servilleta que previamente hice una bola, por no tirarle directamente con el plato.

—Haya paz, haya paz. ¿Cuándo empezáis a trabajar? —nos preguntaron los chicos.

—Pues la semana que viene, porque le dijimos a Virginia que igual nos debería dar el verano libre, por lo del *jet lag* y eso, pero no ha colado...

—¿El verano entero libre por lo del *jet lag*? —Los hermanos se miraron sin poder dar crédito—, pero ¿cuánto os dura a vosotras?

—A nosotras es que nos dura todo mucho—puntualizó Candela—, así que mucho cuidadito con enfadarnos u os vais a enterar de qué pasta están hechas estas reporteras...

—El que avisa no es traidor, hermano, ni las que avisan tampoco—rio Bruno.

—Pues lo dicho, mucho cuidadito o a partir de ahora vais a saber los dos lo que es dormir en el sofá—añadí yo, entre risas.

En el sofá, en la cama o en el suelo... Lo que yo tenía claro es que Bruno no iba a dormir solo porque yo no quería que me hiciera la cucharita, sino la vajilla entera...

—Y hablando de eso, ¿dónde se supone que vamos a vivir? Porque vosotros estáis muy calladitos y a dos princesas como nosotras no nos podéis meter debajo de un puente...—les preguntó Candela.

—Ah, no, no, que vosotros no habéis calibrado la cantidad de ropa, zapatos y complementos que podemos llegar a tener. Y más ahora, que nos vamos a convertir en dos reporteras famosas y tendremos todo el día el micrófono en la mano—añadí yo.

—¿A qué micrófono te refieres? Porque a mí se me ocurre más de uno. —Candela miró a Lino y él negó con la cabeza, lo mismo que Bruno.

—Bueno, bueno, lo del alojamiento dejadlo de nuestra mano y en cuanto a lo de vuestro tiempo libre, nos vamos a tomar una semana para disfrutar con vosotras.

—¡¡Toma ya!! Me debes una cena—le dije a Candela.

—¿Y eso? —nos preguntaron ellos.

—Porque yo me aposté con Candela a que nos ibais a dedicar una semana en exclusividad cuando llegáramos y ella decía que no ibais a poder.... ¿Ves, tonta? Si es que nosotras tenemos mucho poderío...

—Claro que sí, que igual luego conocéis a algún famoso y nos dejáis tirados como dos colillas.
—Pusieron carita de puchero.

—Sois dos capullines chantajistas—les dijo Candela— Y, si os portáis mal, o si nosotras pensamos que os habéis portado mal, os caéis con todo el equipo....

—Si ellas piensan, hermano, toma nota. Eso es presunción de inocencia y lo demás es cachondeo.

—Menos mal que ellos dos ya nos conocían y sabían que teníamos tela marinera.

—Ahora en serio—dije—, ¿os imagináis que a Candela y a mí nos hagan una proposición indecente como en la película? Di un trago a mi Coronita.

—Bonito pensamiento para el día del reencuentro... —Negaban ellos con la cabeza.

—A ver, yo es por ponerme en todo. —Candela les seguía quemando un poco la sangre...—, que por estas islas hay mucho famoso.

—Y no digamos ya en Miami, que está a un par de horas y más de una vez nos va a tocar ir y venir, al saber lo que puede pasar en esos viajes. —Metí yo un poquito más el dedo en la llaga.

—Hermano, estas dos vienen con ganas de guerra—le dijo Lino a Bruno.

—Pues entonces no les enseñamos la sorpresa que tenemos para ambas, que se la enseñe un ricachón de esos de las proposiciones indecentes...—le contestó Bruno.

—¿Una sorpresa? Anda ya, si esas cosas solo pasan en las películas y nosotras no tenemos ojitos más que para vosotros. —Adoptamos gesto de buenas...

—Bueno, por ahí os vais a salvar—dijeron ellos y nos los comimos a besos allí mismo.

Ya parecía que teníamos un resorte en el culo, porque fue mencionar lo de “sorpresa” y morirnos de ganas de saber de qué se trataba. Claro que ellos tampoco soltaban prenda, los muy

puñeterillos, por lo que ambas almorzamos dando saltitos de los nervios.

Un ratito después estábamos delante de aquellas sorpresas que hicieron que las lágrimas resbalaran por nuestras mejillas como pistas blandas de esas de los parques acuáticos.

—¡Yo te como!! —le chillé a Bruno cuando vi aquella preciosa casa cuya llave me puso en la mano diciéndome que era la nuestra.

—¿Tú has visto esto? —me preguntaba Candela cuando Lino hizo lo mismo con ella.

—¿Vamos a ser vecinas? ¡Te tengo hasta en la sopa!! —exclamé, aunque lo cierto es que no podía hacerme más ilusión.

En el interior del pueblo e idénticas, las casitas que los chicos habían construidos para comenzar nuestra vida en común parecían de cuento de hadas. ¡Menuda preciosidad! Coloridas, luminosas y amplias, estaban totalmente equipadas y hasta...

—¡La mía tiene un mini vestidor y todo!! —chillé por la ventana mientras Candela sacaba la cabeza por la suya y me decía que la de ella también.

—¡Has pensado en todo!! —Me abracé fuerte a Bruno que, con aquel gesto, volvía a demostrarme que me quería, lo mismo que su hermano a Candela.

—No he pensado en todo, solo he pensado en ti, mi vida. —Me dio un beso en la frente y otra lección suya de esas de generosidad que tanto me llenaban.

Lo mejor de los chicos no es que estuvieran como dos quesos, que lo estaban... Lo mejor de

ambos es que tenían unos valores extraordinarios de los que hacían gala a cada paso que daban.

—Hay que estrenar todos los rincones de esta casa—le comenté mirando a mi alrededor y viendo que no le faltaba ni un solo detalle, ¡qué preciosidad!

—Empezando por la cama, que ya verás que te va a gustar...

Sedientos el uno del otro, Bruno me dio un sugerente empujón y caí sobre el colchón...

—¿Qué es esto? —pregunté cuando noté aquella textura inconfundible, la de un colchón de agua.

—¿Pues no decías que eran tus preferidos? Solo deseo que te consideres en tu casa, desde hoy... Lo que yo te entrego es una casa, con el deseo y el anhelo de que tú la conviertas en un hogar.

—Ains, ¡qué poético te ha quedado! Te voy a comer hasta...—comencé a decir y por suerte él, que me conocía, selló mis labios con los suyos antes de que soltara una burrada que nada tuviera que ver con la poesía.

—Ven aquí anda. —Se tumbó a mi lado y me hizo recordar en un momento por qué había sido capaz de comenzar una nueva vida a tantos miles de kilómetros de mi tierra y de mi familia... Todo por acariciar aquellos cabellos dorados a los que el sol les otorgaba un brillo especial... Aunque para brillo especial el de nuestros ojos en un día como aquel, inolvidable...

Portándome en brazos, Bruno corrió a cerrar la puerta de la calle, pues nuestras miradas habían hablado, diciendo que no estaban dispuestas a pasar ni un minuto más sin que nuestros cuerpos ardieran juntos...

En el instante en el que me despojé de toda ropa vibré entera y clamé porque me diera aquello que tanto tiempo llevaba esperando.

—Esos han sido más rápidos...—Reímos al escuchar el jaleo desde la casa de mi vecina Candela, porque eso es lo que íbamos a ser a partir de ahora; si bien enseguida pusieron música, conscientes de que si no iban a amenizar a todo el vecindario.

Por nuestra parte, también la pusimos, y bien alta porque nada como reencontrarte con el ser amado para que el fuego no solo queme, sino que suene...

El sonido que nuestras gargantas emitieron en aquel momento no daba lugar a equívocos; era la melodía de dos amantes que alcanzan juntos los más sugerentes de los compases.

Un baile y un cante, todo junto, que se prolongó durante unas horas, hasta que nos volvimos a encontrar con los chicos y todos comprobamos que el color a floraba más que nunca en nuestras sofocadas mejillas.

Nunca había visto a Candela tan contenta y ella decía lo mismo de mí. Aquella noche, mientras íbamos a tomar unos margaritas, ambas lucíamos preciosas y mirábamos a nuestro alrededor con la dicha de quien ve cumplido un sueño.

—Ha sido todavía más bonito de lo que esperaba, aunque no se lo vaya a reconocer a Lino, para que no baje la guardia—me confesaba ella, cómplices como éramos.

—Claro, claro, nosotras a pedir por estas boquitas; pero que estos chicos nos quieren, eso es seguro...

—Ya, ya, anda que si no nos quisieran nos iban a aguantar a las dos, como si no tuviéramos

guasa...

—¿Quién tiene guasa? —preguntaron ellos que venían a cierta distancia y, más que oídos, debían tener antenas parabólicas.

—Vosotros, vosotros, ¿quién va a ser? —contestamos ambas—, que todavía no nos habéis dicho lo que vamos a hacer estos días ni nada...

—El amor, bonita, vamos a hacer el amor—le contestó Lino a Candela.

—¿Y entre asalto y asalto? —le guiñó ella el ojo.

—Pues entre asalto y asalto os vamos a enseñar Riviera Maya como es debido, para que luego habléis de ella en la tele con conocimiento de causa, preciosas—nos comentó Lino.

—¿Todavía no hemos llegado y ya nos vamos de nuevo? —me hice la víctima y dejé los ojos en blanco.

—Mirad que nosotras queremos mimos—les advirtió Candela con el dedo.

—Y mimos vais a tener, y viajes, y acción y...

—Y parad el carro que esto me recuerda a cierta película de narcos de cuyo nombre no quiero acordarme, como diría El Quijote. —Los miré a los tres y rompieron a reír.

En el mejor de los escenarios, con una compañía de impresión y con las mejores perspectivas por

delante, concluí que de unas merecidas vacaciones habían salido los amores de nuestras vidas. Ahora solo quedaba sacarles el máximo jugo y, para eso, Candela y yo nos pintábamos solas.